LA PROMESA NOVELA DE COSTUMBRES

TRINIDAD BENITEZ LOPEZ


LUX
LIBERTAS



LA PROMESA

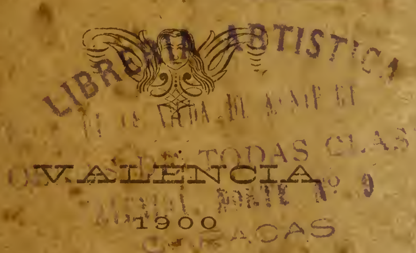
NOVELA DE COSTUMBRES

DEDICADA AL

PUEBLO DE VENEZUELA

POR

Trinidad Benítez López



VALENCIA

1900

LA PROMESA

NOVELA DE COSTUMBRES

DEDICADA AL

PUEBLO DE VENEZUELA

POR

Trinidad Benítez López



VALENCIA

1900



A MIS LECTORES

El deseo de contribuir con algo al desenvolvimiento de la literatura patria, me ha sugerido la idea de publicar estos pobres ensayos que pongo, desde luego, al amparo de mis bondadosos lectores.

Ha sido mi intento, ofrecer á la juventud, en el desarrollo de los afectos, en la edad suprema de las pasiones, el ejemplo de dos seres abnegados, que sacrificando en

aras del deber sus amantes corazones, han trillado una senda de amarguras y desencantos, para luego arribar al tabor de la humana felicidad.

Si mis protagonistas encontrasen en la ardorosa juventud algunos imitadores, y en más de un hogar eco de simpatía, quedarán muy bien recompensados mis débiles esfuerzos.

La Autora.





I

Las mañanas y las tardes las dedicaba Rosa, á cuidar del primoroso jardincito que ella, con sus delicadas manos, había formado para recrear su alma, enamorada de los encantos que la naturaleza le brinda á la mujer que nace para sentir, y que lleva en sus venas el fuego de la envidiable juventud.

Rosa era bella, no con esa belleza deslumbradora de las que van por plazas y calles despertando la curiosidad y admiración de los que las miran, sino con aquella seductora y duradera belleza que reside en unos ojos lánguidos, y que,

cuando miran, asoman á las brillantes pupilas todo el fuego del sagrado amor que arde en el santuario inmaculado de una virgen alma.

Poco se cuidaba la inocente niña de parecer mejor, y el dulce abandono con que llevaba recojidas sus sedosas trenzas, y el sencillo traje azul con que hoy se presenta á mis lectores, la hacían tan interesante, que parecía un pedazo de cielo destacándose en medio de aquel conjunto armonioso de finísimas y olorosas flores de colores diversos, entre las cuales era ella la más encantadora.

Hay momentos en la vida de la mujer, que pueden llamarse sublimes; y Rosa, á no dudarlo, estaba transformada en un ángel, con los ojos medio entornados mirando hácia un dilatado horizonte bordado con anchas fajas de oro y encajes

de blanquísimas nubes. Por la primera vez aquella criatura ideal se sentía triste; maquinalmente deshojaba un hermoso clavel que llevaba prendido en el seno; de repente movió la cabeza con cierta extraña impaciencia, y luego volvió á sumergirse en aquella especie de arrobamiento de que parecía no había de salir jamás.

Los últimos destellos vespertinales le dejaban á las sombras sus dominios; las aves volaban á calentar sus nidos abandonados durante el día; la gente trabajadora pasaba cantando, á descansar en sus hogares de las rudas faenas agrarias; y los perezosos bueyes y los torpes asnos se deleitaban con su pienso bajo la fresca sombra de algún árbol vecino. Solo Rosa, bella y perfumada rosa de aquellos campos, se sentía languidecer

en tan hermosa tarde de verano.

El ladrido de un perrito negro como el ébano, y á quien Rosa había cobrado particular cariño, fué á sacarla de aquel estado de ensueño, y acariciando las suaves orejas del animalito le dijo : Vamos lulú, has venido á recordarme que la noche se acerca y que en vano espero por hoy. Acompáñame hasta la piedra azul, y después nos iremos á casa. Rosa se encaminó lentamente por una vereda que conducía al camino real, y llegó en efecto, hasta donde se encontraba un peñazco, bautizado con el nombre de piedra azul, por tener grandes listones de este color, y en cuyos lisos bordes se veían en gruesas letras negras las iniciales de E. S. y un "te adoro" grabado con exquisita finura y notable maestría. Rosa se arrodilló en tierra

hasta tocar con sus labios aquellas letras, y suspirando, volvió pié atrás camino de su hogar querido. Como de costumbre, se dirigió á la habitación de su adorada madre, y al rodear con sus brazos el cuello de la buena Señora y darle un beso en la frente, levantó aquella su venerable cabeza en la que principiaba á manifestarse la nieve de los años, y dejando lentamente sobre una mesita el pesado libro en que leía, atrajo hasta sus rodillas á la niña, y abrazándola con cariño le dijo: — Hija mía, hoy más que otras veces tu cariñoso beso sobre mi frente, donde aun siento la humedad de tus labios, me despierta á una grata y consoladora esperanza, la que, sin tardar, quiero comunicarte. Es verdad que mis excentricidades te colocan siempre á cierta distancia de mí, y que, aunque

estoy satisfecha de tu afecto filial, yo no he hecho lo bastante para que, llegado el caso, tú seas franca y expansiva con tu madre; todo esto me lo he explicado hoy que he meditado acerca del particular; pero probaré á hacer las reparaciones conducentes al fin que me propongo, y para ello quiero que, en vez de consagrarle mañana y tarde al jardín, y pasar las horas del día en esa especie de ídolo que has hecho de tu pieza-dormitorio, vayas á ver tus flores por las mañanas, y el resto del día lo dediques á tu madre, que ansía pasar muchas horas en tu compañía.

Los libros, te diré, no me cansan, han sido mis mejores y más dulces compañeros desde mi juventud, y tengo por ellos ciega idolatría que llevaré hasta la tumba. Aquí leerémos juntas y comentaremos de común acuerdo á esos grandsə

filósofos que ilustran al mundo con su ciencia, pero necesito que hablemos también mucho de tí, de tu padre y de mí, que formamos en este hogar la interesante trinidad de los más caros afectos.

Querida Rosa, dime, ¿qué piensas tú de estos nuevos propósitos que me proporcionarán los mejores días en la tarde de mi existencia? ¿Será acaso gravoso á ese sistema de vida que has llevado siempre, y al cual pareces estar tan acostumbrada? Dime, hija, con franqueza, tu parecer, y no temas nada, pues tu madre te quiere y trata de hacerte muy feliz.

Rosa había oído el discurso de su madre, sin desplegar los labios, los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho en humilde actitud. Lo que su buena madre le proponía no era para ella un sacrificio, des-

de luego que repetidas veces le había propuesto acompañarla, y aquella señora oponía siempre un obstáculo, que Rosa no alcanzaba á comprender; de aquí, que aunque aquellas personas vivían, al parecer, unidas, estaban secretamente separadas; y respecto á las impresiones de cada cual, parece que tenían particular cuidado en ocultárselas.

Rosa no podía explicarse el brusco cambio verificado en el ánimo de Doña Irene, que este era el nombre de la excéntrica Señora; pero durante aquella conversación su corazón dió más de un vuelco, y casi sin advertirlo una lágrima rodó furtiva por sus sonrosadas mejillas y fué á perderse en el seno de su madre idolatrada. Rosa sin esperar más, abrazó á Doña Irene, y con muy cariñoso acento le dijo: — Madre mía, tu voluntad es para mí,

sagrado mandato, que no sólo me complace obedecer, sino que me hace la más feliz de las criaturas; abriéndome claros y dilatados horizontes para mi porvenir ; mi vida se deslizará tranquila á tu lado, y mi mayor satisfacción será que jamás llegues á tener la más lijera queja de tu Rosa. Doña Irene imprimió un beso en la frente de su hija por toda contestación, y tomándola del brazo marcharon al comedor.

Aquella pequeña pieza estaba decorada con lujosa sencillez, y casi al mismo tiempo que Rosa y su madre salvaban el umbral de aquel recinto iluminado por clara y vivísima luz, llegaba también el bueno de Don Felipe, padre de Rosa, que medio arrastrándose con la tosca muleta que le servía de apoyo, se quejaba de la adolorida pierna que le había invalidado el reumatismo.

Las dos mujeres fueron al encuentro de Don Felipe, y Rosa, besándole en la frente, le ayudó á sentarse á la mesa.

II

Dejemos por un momento los tres personajes de quienes nos hemos ocupado, y vamos á conocer á un joven de noble y elegante figura, que sentado en un extremo de aquel peñazco que había visitado Rosa, pocos momentos antes, parece que está preocupado y triste, y que medita profundamente.

Enrique S. que es el nombre de aquel joven, está como de costombre un tanto pálido, y en sus párpados parece notarse la humedad de una lágrima recien enjugada. De cuando en cuando entreabre sus finos labios para dar paso á un sus-

piro, y acariciando su sedoso bigote mira tristemente hacia el jardincito de Rosa, exclamando, no está......! ¡ Tal vez se cansa de venir á esperar mi vuelta á estos lugares, hacia donde yo, por el contrario, me siento atraído imperiosamente en pos de ella que colma la medida de mis aspiraciones y de mis ensueños. ¡ Oh Rosa! por qué eres tan cruel ?

Enrique se llevaba instintivamente la mano al corazón, como para evitar la ruptura de sus fibras, y luego, para no caer en la desesperación se decía : "No ; soy un loco, un insensato, y el solo culpable de no ver hoy á Rosa. Ella ha venido, y quizás á esta hora se queja como yo, sin comprender la verdadera causa de mi tardanza. Ella ha venido, sí ; ahí están marcadas las huellas de sus pequeños pies, y paréceme que en el ambiente que respiro

aquí, ha quedado impregnado algo del suavísimo y delicado olor que ella despide de su ser angelical..... ! Rosa, bella y perfumada rosa del jardín de mi alma, adios ! ya lucirá un nuevo día, y con sus claridades vendrá para mí el consuelo y la alegría de verte ! y Enrique, sonriendo á tan dulces esperanzas, se levantó, vió por última vez las negras cifras donde Rosa había puesto sus castos labios, y se dirijió precipitadamente por una tortuosa vereda, yendo á ocultarse entre los sombríos árboles de aquellos amenos campos.

Si este interesante jóven es de las simpatías de mis lectores, supongo le seguirán con placer hasta su estancia, porque no es propio de nobles corazones abandonar á los que sufren tan íntimas tristezas, y nuestro jóven, según hemos tenido ocasión de advertir, se encuentra

bastantemente contrariado. Enrique anduvo sin interrupción los dos kilómetros que le separaban de su pintoresca casita, y poco antes de llegar á ella, se detuvo al pié de un hermoso limonero, de los muchos que adornaban el patio de aquella morada. Sacó un pañuelo, de finísima seda, y enjugándose la sudorosa frente, exclamó, con muestras del más hondo desconsuelo: "¡ Dios mío ! ¿ Hasta cuándo tendré que sufrir el tiránico yugo de ese hombre, que más que mi tío, es mi verdugo ?" Enrique, después que hubo pronunciado á media voz estas palabras, guardó el pañuelo que aun conservaba entre sus manos ; se arregló el sombrero que había echado hácia atrás, como para auyentar los tristes pensamientos que le ocuparon durante el camino, y en pocos pasos salvó la distancia que lo separaba

de la casa, atravesó por en medio de un rosalito que había á la entrada, y al llegar á un corredor embarandado, donde crecían libremente las plantas trepadoras, lo primero que encontraron sus ojos fué á su Señor tío, que arrellanado en una cómoda butaca hácia un extremo del corredor, parece que se distraía despidiendo bocanadas de humo de un famoso habano, y que el aire se encargaba de disipar en breve. La primera idea de Enrique, fué la de pasar haciéndose el inadvertido de la presencia de su tío; pero, joven educado, reflecsivo, pensó que esto tal vez podía dar ocasión á una séria reprimenda, injusta y cruel como todas, y avanzando pausadamente hácia aquel hombre inmóvil, le dijo con la más extraña calma: "Buenas noches tío, con permiso de us....." El jóven no pudo concluir la

frase. Aquel hombre que á primera vista parecía una estatua, medio envuelto en una ancha bata de percalina azul, se puso de pié, y oponiéndose al paso del jóven, y con ojos encendidos por la ira, le dijo: "Señor Enrique, ya no puedo soportar por más tiempo sus irregularidades: hace cerca de un mes que usted no me dá cuenta del estado de los negocios que he puesto bajo su dirección, y anda usted con tal inquietud, que parece que quisiera que no hubiese más que tardes para marcharse, y luego viene á las horas más de su gusto, sin acordarse que en esta casa soy el jefe que manda y debe ser obedecido. Usted es un huérfano que no tiene más apoyo que el mío, y si continúa con el sistema de ser tan reservado y huraño haciendo lo que le agrada, sin atender á que sea ó nó de mi voluntad,

tomaré las medidas que me convengan y usted podrá hacer lo que le plazca.

Enrique, ante la inesperada explosión de aquel hombre, había quedado como partido por un rayo. Jóven, por cuyas venas corría la belicosa sangre española, y cuya fuerte musculatura podía triturar al primer majadero que se le presentase ultrajándolo, irguió la frente, clavó la chispeante mirada en los ojos de su acusador, y reuniendo toda la fuerza de voluntad que necesitaba para defenderse como hombre independiente y de corazón templado al fuego de una conciencia inmaculada, contestó : Señor, hasta hoy había creído que persona alguna pudiese tener el desenfado de arrojarme al rostro faltas que he estado bien léjos de cometer. Me explico perfectamente que la aversión que usted me profesa, pone á

sus ojos una lente fatal que le aumenta mis defectos, y siendo así, casi le disculpo: pero recordarme usted que soy desgraciadamente un huérfano, obligado á sufrir sus injusticias, en cambio de un pedazo de pan, amasado con mis lágrimas y mi deshonor, nunca; y ya le probaré que soy hombre capaz de ganarme la vida, sin zozobras y sin sacrificios"....

— Desgraciado, tornó á decir el enfurecido viejo: no has comprendido que si me abandonas, quedarías desheredado de mis bienes de fortuna, y que entonces serás un miserable?

— Si, Señor, contestó el jóven. Indirectamente me lo ha hecho comprender usted en varias ocasiones, pero le repito, que por todo el oro del mundo no consentiré el ultraje, y que soy jóven y fuerte para procurarme un porvenir que honre

la memoria de mis padres, y el limpio nombre que me han legado.

Enrique al decir estas palabras, estaba imponente. Sus grandes ojos despedían fulguraciones que anonadaron á aquel hombre, que, si no sabía apreciar la nobleza, al ménos se sentía humillado ante ella.

El jóven, sin volver á mirar á su tío, cruzó á largos pasos el pequeño corredor, y fué á encerrarse en su cuarto.

Don Arturo, que así se llamaba el tío de Enrique, después que hubo pasado aquel acceso de cólera, siguió el ejemplo de su sobrino, y á poco, todo quedó envuelto en las sombras.

III

Ahora que estamos solos, lector amable, os daré á conocer la historia de Don Arturo, y el por qué de tener tan agrios modales y hosco trato. Don Arturo, y Don Santiago padre de Enrique, eran hermanos; pero cuando apenas contaba diez años el uno, y el otro doce, murieron sus padres dejando estos niños al cuidado de una tía que los mimaba y consentía con harto peligro del porvenir de ambos. Santiago, que era el mayor, desde pequeño dió muestras de sumisión y generosidad; y su amor al estudio hizo de aquel jóven, persona que gozaba de muchas y valio-

sas simpatías en la sociedad. Más tarde contrajo matrimonio con la mujer que llenaba las justas aspiraciones de su alma, y de este feliz enlace fué Enrique el fruto deseado.

Don Santiago tuvo poca suerte en los negocios que emprendía, y cuando sorprendió la muerte á su jóven compañera, sintió que aquel golpe cruel agotaba sus fuerzas y su entusiasmo, y pocos años después, fué á reunirse con ella en el cielo. Momentos antes de morir, y comprendiendo que tocaba á su fin, llamó al pequeño Enrique, le acarició y le bendijo, encomendándolo al cuidado de su hermano Arturo, que principiaba á gozar de colosal fortuna.

Arturo, por el contrario, quiso desde niño hacer siempre su voluntad; imperioso y déspota quería someterlo todo á sus caprichos, y un día que les fueron negados los favores de

una hermosa jóven, en quien él había fijado sus miradas, lleno de ostentosa vanidad, protestó del amor de todas las mujeres, y las odió de muerte. El, no alcanzaba á comprender cómo algunos hombres tenían la debilidad de amar á una mujer que no atendiese en seguida á sus insinuaciones, ni podía confomarse jamás, con losque han llegado á sacrificar la vida, en aras de ese sentimiento que ensancha los horizontes del corazón del hombre, ó le deprime al punto de quedar èn los abismos del más implacable estoicismo. Don Arturo no vivió nada más, que para los negocios y el dinero; y como en su corazón faltó la savia fecundante de la vida moral, le repugnaba la juventud, porque decía, que lòs jóvenes del día, no pensaban sino en frivolidades y amoríos, descuidando el punto culminante de su felici-

dad: El oro. Con estas ideas, nuestro héroe se creía libre de todo peligro mundano, y tal como le hemos visto la noche que nos ocupa, así vivía siempre, sin alterar en nada sus costumbres.

IV

Ya podemos suponer en que estado de profunda inquietud se encontraba el ánimo de Enrique, después de aquel altercado con su intransigente tío, á quien respetaba hasta donde merece respetarse la vejez ; pero, á quien nunca había querido, porque este jóven, de un natural sensible y delicado, no había recojido jamás una caricia de aquel hombre, y sus conversaciones, después que Enrique se había encargado de los negocios de la casa, no se concretaban sino á lo que de estos dependía. Enrique estuvo toda la noche luchando con el problema de su porvenir ; sabía

que su separación de la casa de su tío era indiscutiblemente el paso que le conducía á la miseria ; tanto más cuanto que él era casi desconocido entre los hombres, para que estos pudiesen, en tan críticos momentos, prestarle apoyo : no tenía un solo amigo á quien confiarle sus penas y exponerle su situación ; y sinembargo, una fuerza imperiosa le empujaba fuera de aquella casa, donde á su parecer, no debían sorprenderle las claridades de un nuevo dia.

Las densas tinieblas envolvían por completo aquellas comarcas; las aves nocturnas con sus monótonos cantos, y la brisa que pasaba sacudiendo las ramas de los árboles, le daban á aquella noche un aspecto aterrador. Enrique no habia intentado siquiera ir al lecho. Sentado frente á un pequeño escritorio, sujetando

con su diestra la abatida frente, divagaba su pensamiento en un mar de infinitas torturas.

Ay! exclamaba: si esto hubiese ocurrido un mes antes, yo podría abandonar estos lugares con indiferencia y casi con alegría; pero hoy, que mi corazón está preso y como encadenado á Rosa; hoy, que amo á ese ángel que me hace conocer la vida, y desearla por ella y para ella, es imposible que mi corazón no se haga girones con solo pensar que he de abandonarla. Si no fuese porque apesar de los pocos dias que hace que nos conocemos, he comprendido que el corazón de ella me pertenece, y que con el mudo lenguaje de dos almas que se extrechan hemos hablado lo bastante para tener esas gratas convicciones, quizás en lugar de pensar hoy en luchar con un porvenir incierto, saldría de aquí á morirme de hastío, porque ningún

otro lazo me liga á esta tormentosa vida. Enrique se levantó, dió algunos pasos por la habitación como para despejar su imaginación de las sombrías cavilaciones que le ocupaban, y, sin preocuparse más de lo ocurrido con su tío, se dió á pensar en el mejor modo posible de ver á Rosa, de hablarle y hacerle conocer sus proyectos para el porvenir, junto con la sagrada PROMESA de su amor.



V

Dejemos á Enrique preparándose para hacer un viaje, y vamos á ver á Rosa, que tan luego como hubo terminado la comida, y después de haberle dado el beso de despedida á sus queridos padres, se encerró en su dormitorio y allí pudo darle libre curso á sus pensamientos: después que se separó del jardín no había tenido tiempo para ello. Su madre la había impresionado grandemente con aquella inesperada resolución que le había comunicado en la tarde; y Rosa presentía que principiaba á descorrerse para ella el velo de un misterio.

Esperaré, se dijo, y de nuevo, todos sus pensamientos volvieron hacia Enrique. Por qué no vendría hoy ? decía suspirando. ¿ Se habrá enfermado acaso, y yo voy á tener que sufrir esa incertidumbre quién sabe por cuántos días ? ¡ Dios mío, que nada le haya ocurrido ! y Rosa se enjugaba una lágrima mirando tristemente hacia un hermoso Crucifijo de marfil que lucía en un velador. Rosa era demasiado niña para juzgar con acierto de las cosas de la vida, y su inocencia la ponía á cubierto de pensamientos que destrozaran su corazón. Sufría pensando que Enrique estuviese enfermo; no se le ocurrió atribuir su falta á otra causa mas poderosa ; y después que hubo hecho sus oraciones de costumbre, oró fervorosamente por el jóven, y se durmió arrullada con su recuerdo y con la dulce esperan-

za de verle al siguiente día.

Después de una oscura y tenebrosa noche, es siempre más clara y brillante la luz de la nueva aurora. A sus indecisos fulgores despiertan las aves; ellas son las primeras en saludar á la creación que se ilumina, y sus melodías enseñan al hombre el sagrado deber de dirijir á Dios sus primeros pensamientos, y consagrarle sus más íntimas adoraciones.

Rosa despertó con los crepúsculos de aquella hermosa mañana, bajó precipitadamente al jardín y recordó con tristeza á Enrique, á quien no había visto el día anterior; y la nueva resolución de su madre porque no fuese por la tarde á ver sus flores. ¿Qué iba á ser de ella, privada de las únicas horas en que podía verle, aunque siempre á cierta distancia?

¿Qué diría Enrique al notar

que ella no acudía como siempre, á aquel lugar testigo mudo de sus mútuas impresiones? La juzgaría una ingrata? En estas y otras conjeturas divagaba su pensamiento, cuando de pronto un lijero ruido hizo que Rosa levantara la cabeza. La sorpresa heló la sangre en sus venas, dejándola como paralizada; un temblor invisible se apoderó de todo su cuerpo, y un casto rubor coloreó sus mejillas al ver á Enrique á su lado. Simultaneamente se oyeron dos nombres. Rosa! Enrique! y por un momento, ni uno ni otro, pudieron articular más palabras. Enrique por fin, puso término á aquella penosa situación, y tomando una mano de la jóven, le dijo: Rosa, ha llegado para mí el soñado instante de verme á tu lado, aunque sea sólo por minutos. Yo sé que tú me amas; y yo te adoro. Y al despedirme de

estos campos, por causas que no puedo comunicarte ahora, solo quiero, para consuelo de mi afligido corazón, que me hagas solemnemente la promesa de un amor eterno. Esa *promesa*, Rosa de mi alma, será la fuente inagotable en donde á todas horas iré á beber mis consuelos, mis esperanzas, mis fuerzas para luchar con las contrariedades de mi suerte; y ya lucirá el día feliz en que á tus plantas venga á depositar mi corazón, mi nombre y mi fortuna. Rosa no había salido aún de su admiración. La presencia de Enrique tan cerca de ella, sus declaraciones, su despedida, todo aquel conjunto de impresiones diversas la hicieron enmudecer; y aun no había recobrado su serenidad, cuando Enrique le había explanado ya todo cuanto podía formar el poema de su existencia. Rosa extrechó la mano

del joven, levantó sus llorosos ojos, y señalando el firmamento le dijo:

—Sea el cielo testigo de mi PROMESA, y si te olvido, Él me castigue sin piedad.

—Gracias, gracias, contestó el joven ahogado por la emoción, ya no le temo al porvenir. Mi alma se agiganta; mi corazón tiene hoy las poderosas alas del águila, para cruzar los espacios infinitos; mi pensamiento se absorbe el universo, y... Soy en fin el más grande y feliz de los mortales!! Enrique colocó un aro finísimo en el dedo anular de Rosa, diciéndole conmovido:

—Esta querida prenda es un sagrado recuerdo de mi malograda madre. Guárdala, y que ella sea testigo de mi inquebrantable fidelidad.

La niña tomó á su vez una bella rosa blanca, y se la dió al joven, como símbolo de virtud,

é inocencia que para él guardaría su alma, y estrechándose las manos, se oyó un adios, cuyo eco fué á perderse en los abismos del corazón......!!



VI

Los días iban sucediéndose sin que ningún acontecimiento ostensible turbara la quietud de aquellos campos. Las abundantes cosechas de aquel año, llevaban justas alegrías á los hogares de los campesinos, que con tambores, gaitas y guitarras, celebraban sus fiestas; y los matrimonios, bautizos, bailes y demás demostraciones de la felicidad, se efectuaban sin interrupción, y lo que es más, sin sacrificios.

En la bella casita de Rosa, casi siempre silenciosa y desierta, se notaba también extraña animación, dado el esquivo carácter de sus moradores. En aquellas serenas tardes

se había visto á Doña Irene bajar al campo á visitar los árboles que casi no conocía, y Don Felipe solía pasar algunas horas en el jardín, haciéndole compañía á su candorosa hija.

Supongo que mis lectores tendrán suma curiosidad por averiguar la causa de tan repentina transformación, y voy pronto á complacerles. Don Felipe y Doña Irene, se unieron con el santo lazo del matrimonio, cuando ambos estaban resplandecientes de juventud y belleza. Un año después tuvieron la doble felicidad de acariciar su primogénito, hermoso niño á quien pusieron el simpático nombre de Cárlos. El precioso Carlitos, como le llamaban sus padres y su nodriza, principió á crecer con tales mimos, que á la corta edad de siete años era un sultán en miniatura. Don Felipe, que era hombre pensador,

principió por aflijirse con el carácter intransigente de su hijo, y cuando el niño se violentaba demasiado, le reprendía con cierta dureza, que iba á arrancar lágrimas á los rasgados ojos de Doña Irene. —No le reprendas así, le decía, es tan chiquitito, que aun no sabe lo que hace ; y el chico, para corresponder á tanta ternura, se echaba á llorar como un desesperado ; y Doña Irene para contentarle, le hacía bajar hasta las estrellas del cielo. Así fué el niño creciendo, al punto de que entre los esposos se suscitaran frecuentes altercados, que pusieron fin á la paz de aquella casa. Don Felipe se ocupaba en el comercio, y en unos de los serios disgustos, de que siempre era Carlos el culpable, Don Felipe resolvió salir á un viaje y dejar sus intereses al cuidado de un pariente.

Callandito, arregló sus equi-

pajes, y sin despedirse de familia, ni de amigos, un día se puso en camino. Doña Irene que, resentida siempre del poco afecto que Don Felipe tuviese por su hijo, y habiéndose retirado á llevar una vida sedentaria y silenciosa, ignoraba por completo la resolución de su esposo; cuando se apercibió del abandono en que él la dejaba, se sintió herida cruelmente. Más tarde, arreglando pesarosa los empolvados objetos del cuarto de Don Felipe, se encontró con un billete concebido en estos términos :

"Irene : la demasiada condescendencia con tu hijo, labra tu desgracia y la mía, y lo que es peor, la de él propia. Quiero que quedes en completa libertad de darle la carrera que á tí te convenga. Por lo que respecta á mi regreso depende del arrepentimiento tuyo, de lo contrario, mi resolución es irrevocable."

FELIPE.

Doña Irene sintió que toda

la sangre afluía á su cerebro y á su corazón. Don Felipe no decía qué rumbo había tomado, y ella en aquellos supremos instantes de angustia, estaba verdaderamente resuelta á que su esposo tomara las medidas necesarias para la corrección de Cárlos. También ella principiaba á resentirse de las faltas del niño; pero su debilidad para con él, era superior á sus propósitos, y por más que luchaba para hacerse entrar en razón, siempre quedaba vencida ante lo que ella llamaba su intenso amor de madre. El tiempo corría fugaz y nada se sabía de Don Felipe. Su esposa escribió á parientes y amigos de otros pueblos, pero nadie, absolutamente nadie, le daba razón de su paradero. Ya casi había perdido la esperanza de volverle á ver. En tanto Carlitos iba desarrollando una musculatura atlética; tenía ape-

nas quince años. y parecía un hombre, á no juzgarlo por sus locuras y atropellos.

La casa comercial de Don Felipe, había sufrido un menoscabo considerable con motivo de algunas malas transacciones, y el jóven Carlos abusando de la debilidad de su buena madre, se había ingerido en los negocios de la casa, dando por resultado su ruina.

Hacían seis años que Don Felipe se había ausentado, cuando un amigo de la casa llegó por casualidad á aquel pueblo, é informado del asunto que motivaba la separación de su amigo, sin más consulta, escribió un suelto de crónica y lo envió á una imprenta de la vecina ciudad.

A su parecer, era el modo más adecuado de hacer que Don Felipe volviera, y participado que hubo esto á la familia, todos esperaban confiados en los

buenos resultados de aquella original tentativa.

Don Felipe, á la verdad, no podía ser indiferente á su esposa, ni á su hijo; el orgullo lo retenía ausente, pero procuraba leer cuantos periódicos se editaban en la república, y especialmente los de aquella ciudad inmediata á su pueblo inolvidable.

Una tarde que se paseaba triste y cabizbajo, por una avenida de árboles de la plaza del pueblo ... donde había fijado su residencia, oyó pregonar un periódico y fuése precipitadamente hacia el granuja, y le compró un ejemplar. Sus ojos buscaron con avidez la crónica, y, cuánta fué su dolorosa sorpresa al ver en grandes letras que decía : "Ha muerto casi repentinamente, el joven Carlos, hijo único del honorable caballero Don Felipe T. ; lamentamos la desgracia de este amigo, y le envia-

mos nuestras sentidas frases de condolencia." Don Felípe estuvo á punto de desmayarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y exclamó: ¡Pobre hijo mío! Qué desgraciado soy! y al instante fué acometido de un agudo dolor en la región del corazón. Algunas personas que le conocían ya, más de vista que de trato, porque él se excusaba de la sociedad, al verle pálido y demudado, corrieron en su auxilio y le condujeron al pequeño cuarto que él tenía alquilado. Don Felipe guardó cama por algunos días en la más absoluta reserva respecto de su desgracia; y cuando el médico le declaró en convalescencia, montó á caballo y desapareció con el mismo misterio con que allí había llegado.

VII

En la casa de Doña Irene se notaba, si nó alegría, al menos cierta impaciencia.

Los pasos de un caballo, el ruido de nu coche, todo hace saltar allí los corazones : tienen fe en la bondadosa acción del amigo expresado, pues á todas horas creen ver llegar á Don Felipe. En efecto; Don Felipe se acerca á su pueblo, no con la alegría del que regresa al hogar, sino con la profunda tristeza de no encontrar á su desgraciado hijo. Nuestra pluma se resiste á describir las martirizantes reflecciones, en que este desgraciado padre estuvo sumido durante el camino,

y abstraido de todo otro pensamiento, no advirtió que su cabalgadura, poco diestra en aquellos lugares, había tomado un mal paso yendo á encallar en un gran charco donde el bueno de Don Felipe se salvó milagrosamente, saliendo con una herida en el hombro, y no pocas contusiones. El golpe, el susto y el estado delicado de su salud le impidieron seguir su marcha. Algunos labradores que le conocían y apreciaban mucho, dieron parte á la familia, é inmediatamente se organizó una camilla y todos fueron á su encuentro.

Excusado nos parece decir que en aquella recepción las lágrimas hicieron un papel importantísimo. Doña Irene estaba hecha una magdalena arrepentida, y el travieso Cárlos, llenando las formalidades de un muerto, no se había dejado ver con su padre. Don Felipe

tuvo que guardar muchos días de reposo, y cuando en un momento de tranquilidad hizo referencia de su hijo, Doña Irene pidiéndole mil perdones por la farsa que había inventado el amigo y que ella había acojido gustosamente por atraerlo, llamó á Cárlos y se lo presentó sano y salvo.

Don Felipe pudo al fin reponerse de sus repetidos quebrantos, y cuando estuvo en aptitud de volver á tomar las riendas de su negocio, fué cuando comprendió que graves disgustos le esperaban. Doña Irene llamó á solas al travieso Cárlos, y le suplicó la mayor obediencia y sumisión á los mandatos de su padre; le suplicó encarecidamente que no volviese á proporcionarle nuevos disgustos, porque ella desaparecería en breve; y le aseguró que estaba dispuesta á negarle su apoyo, antes que volver á sufrir el

abandono de su marido por un niño que tan mal había correspondido á su ternura y á su condescendencia. Cárlos oyó inmutado los consejos de su madre ; aquella naturaleza rebelde no podía transigir con la imposición, y moviendo la cabeza á uno y otro lado, contestaba inconciente : Si, Señora. Doña Irene andaba verdaderamente atribulada ; á todas horas creía leer en el semblante de su marido alguna nueva contrariedad, porque ella no ignoraba que su hijo había cometido algunas arbitrariedades con los intereses de su padre ; pero no al extremo de que hubiese puesto en peligro su honor. Pocos días después, Don Felipe estaba al corriente de todo ; los egresos habían sido triples á los ingresos, y la casa estaba en verdadera bancarrota. Don Felipe no había querido promover ninguna conversa-

ción acerca del asunto, porque él se consideraba también culpable, y se contentó con ocultar su desagrado bajo el velo de una tristeza y un silencio, que ninguno en la casa se hubiera atrevido á objetar. Poco á poco, y á los supremos esfuerzos de Don Felipe, la casa principió á levantarse; los relacionados antiguos reanudaron sus interrumpidas cuentas, y todo marchaba por el camino de un progreso evidente. Doña Irene había podido respirar con libertad; veía á su esposo más animado y expansivo, y Carlos, á las repetidas advertencias de su buena madre, había moderado un tanto sus ímpetus y travesuras.

La vida humana se compone de accidentes, gratos unos, ingratos otros; pero el hombre, naturalmente refractario á la pena, no se conforma nunca con lo segundo, por más que en

la medida de sus deseos, se colme y se derrame el almíbar de la felicidad. El corazón en sus utópicos sueños es siempre un autócrata, y cuando en el oleaje del turbulento mar de la existencia naufraga una sola de sus ilusiones, se rebela contra la suerte á quien llama cruel, despiadada, impía, sin advertir que sólo á padecer se ha hecho acreedor, y que por las sublimes misericordias de Dios, es mucho menos desgraciado.

Don Felipe se creía con sobrado derecho á gozar de una buena porción de tranquilidad, en virtud de lo mucho que había sufrido; y cuando pensó que podía descansar en brazos de la confianza y esperar un porvenir halagüeño, una tempestad incomparablemente mayor que todas, va á desencadenarse sobre su cabeza. El pobre Señor, habíase levantado, ese

día, un poco más temprano que de costumbre, y encerrado en su despacho trataba de resolver el problema de una transacción comercial, que, á su entender, había de darle considerables ganancias. La llegada de un jóven portador de un pliego cerrado y timbrado con el sello de los Señores H. y Cª saca á Don Felipe de sus profundas abstracciones, y yendo al encuentro del desconocido caballero, le ofrece un asiento con la más fina cortesía. El jóven puso en manos de Don Felipe aquella carta, y éste, solicitando del recien llegado, el permiso de estilo, le dió lectura á tan extraño mensaje. Imposible sería describir el asombro de Don Felipe: una palidez cadavérica asomó á su rostro: un visible temblor agitó todo su cuerpo, y gruesas gotas de sudor frío rodaron de aquella frente venerable, que tan ri-

sueñas ideas acariciaba momentos antes. Don Felipe enjugó su frente, y sacando de una carterita negra una fina tarjeta, la entregó al jóven diciéndole : á las órdenes de usted. El caballero comprendió que estaba ya despedido, y haciendo una ceremoniosa cortesía desapareció en seguida. Un cataclismo universal no habría hecho en el ánimo de Don Felipe, más tremendo efecto que el que le produjo la lectura de aquella carta, que tan luego como quedó solo, leyó y releyó, pareciéndole que era víctima de alguna horrorosa pesadilla.

Don Felipe era un hombre de carácter apacible y reflexivo ; comprendió que su ruina era inevitable, y adoptó la medida de tratar aquel asunto con la calma que la gravedad del caso requería. Llamó á su esposa y encerrándose con ella

en su escrítorio, le habló así:

—Irene, soy un desgraciado, y lo más que lamento es, que en todo esto seas tú la víctima, y á la vez, la victimaria; porque tu excesivo cariño á Carlos, ha dado por resultado el cúmulo de sinsabores que hemos experimentado, y que aun seguiremos experimentando.

Doña Irene abría tamaños ojos, y su corazón saltaba dentro del pecho como si quisiese huir de él.

—Y qué te pasa, Felipe? se atrevió á preguntar la pobre señora; y su anonadado marido clavando en ella su incierta pero terrible mirada le dijo:

—Estoy deshonrado.

Doña Irene se vió acometida de un síncope; pero al inmediato cuidado de su esposo volvió á recobrar su serenidad, y él continuó en estos términos:

—Pues bien, mucho daño te ha hecho la confesión que aca-

bo de hacerte con harto disgusto mío, pero es la verdad.

Nuestro Carlos es el que, inconsideradamente arroja al lodo lo que sólo él tiene el sagrado deber de conservar inmaculado, mi nombre! y Don Felipe sacando de una gaveta de su escritorio la carta dicha, la puso en manos de su esposa.

Como muy bien pueden haberlo presumido mis lectores; aquella carta era la notificación de una letra de cambio, que Carlos había girado con la firma de su padre perfectamente falsificada por Jorge N., corresponsal de la honrada casa de Don Felipe, y el cual hacía algún tiempo se había retirado, pretestando que, como la casa iba en decadencia, él no quería, ni en apariencias, tener en aquellas pérdidas ninguna complicidad. La suma que cobraba la casa de los Señores H. y Cª. ascendía, con

los intereses de un seis por ciento, á algunos miles más de lo que Don Felipe poseía; y como aquellos señores se encontraban apurados en aquel año, no les era posible prolongar por más tiempo el contrato, y pedían la inmediata cancelación de aquella letra. Don Felipe hizo venir á Cárlos á su presencia, y delante de su madre principió el interrogatorio. Carlos declaró asustado, que Jorge N., le había sugerido la idea de conseguir aquel dinero por medio de una firma falsificada; que habían concertado irse los dos al Norte ántes que se tuviese noticias del hecho, y que siendo Jorge, antiguo y conocido cobrador de la casa comercial de Don Felipe, los Señores H. y Cª no habían tenido duda en hacer la entrega, y que Jorge había desaparecido sin darle cuenta de tal recibo. El muchacho

fué sentenciado por Don Felipe á un severo castigo; en tanto, no habiendo tiempo que perder porque los acreedores manifestaban suma urgencia, Don Felipe montó á caballo y se puso en marcha para la vecina ciudad. Con la mayor cordialidad fué recibido el honrado comerciante, pero no siendo posible ninguna transacción de parte de los Señores H. y Cª, Don Felipe hizo, ante los tribunales competentes, entrega de las existencias de la casa y demás fincas que poseía. Cuando regresó á su hogar era un indigente, y el único consuelo que le quedaba era, haber salvado su crédito y el de tener una pequeña renta anual que los padres de Doña Irene habíanle dejado á esta, junto con una pintorezca casita de campo, donde, en medio de estos azares, nació la angelical y modesta Rosa, y donde hemos tenido el

placer de conocerla á principio de nuestra historia.

Cuando Don Felipe volvió á su casa estaba notablemente envejecido por tantas contrariedades; y al querer ocuparse en resolver algo que fuera verdaderamente un castigo ejemplar para el tremendo Carlos, encontró el nuevo disgusto de que éste había desaparecido y que su casa era un mar de lágrimas.

Desde aquel día, la casita de Doña Irene fué el asilo seguro de tan aflijidas personas. Allí creció Rosa, inocente y pura, ignorando en absoluto el pasado de sus padres á quienes veía siempre tristes y silenciosos; pero como no había otra cosa que llamase su atención, ella también parecía que había heredado aquella dulce melancolía. Vivía feliz sin pensar más que en sus flores y en sus libros, hasta que sonó para ella

la hora en que el travieso cupido, cierto día que la encontró descuidada, se le entró por sus grandes ojos garzos, y se apoderó de su tierno corazón.

———



VIII

Desde el tremendo día en que Enrique se despidió de Rosa, no se había tenido noticias de él. Como es natural, la niña sufría mucho; pero esperaba en la Providencia, y en la PROMESA que aquel noble jóven le había hecho en los tristes momentos de una despedida, poniendo por testigo al cielo.

Don Arturo, á la siguiente mañana, se apercibió de la ausencia de Enrique; pero como el jóven no había extraido nada de la casa, exeptuando un fino sobretodo que echó sobre sus hombros, el viejo creyó, que aun cuando se pasara el día

fuera, había de volver á pedirle perdón y á buscar su apoyo. Equivocado andaba Don Arturo respecto del carácter noble de Enrique, y uno y otro día tuvo que irse convenciendo de que el jóven había hecho completa renuncia de él.

Los grandes negocios de Don Arturo exijían con urgencia una persona suficientemente entendida para el manejo de estos, y muy contrariado porque con Enrique no había tenido nunca necesidad de otros empleados, tuvo á su pesar que buscar uno que se hiciera cargo de ellos, con lo cual él quedaba en capacidad de atender á otros asuntos no ménos interesantes. Bien sea que el nuevo empleado no tuviese el talento y la práctica de Enrique para manejar tan innumerables negocios ; bien sea que la Providencia, justiciera siempre, tratara de castigar á aquel hombre so-

berbio é injusto; es lo cierto, que Don Arturo en seis meses había perdido un capital, y por más esfuerzos que hacía para ponerse en el hilo misterioso de aquella ruina inevitable, nada alcanzaba á pensar que despejara la incógnita, y día por día, preocupado y sin sosiego, se acusaba á sí mismo de haber contribuido á su desgracia. En momentos de verdadera desesperación se le oía decir á sólas: ¡Enrique, Enrique! Tu sólo podrías salvarme! Tú que supiste con tanta inteligencia como contracción levantar con feliz éxito todas mis empresas, y hoy.... pobre de mí! todo lo veo precipitarse hacia un abismo sin poderlo detener. Don Arturo principió reservadamente á solicitar el paradero del jóven; pero absolutamente nadie le conocía, y Don Arturo desesperado hubiera dado la mitad de su fortuna por volver

á conseguir á Enrique, que á su parecer, era para sus negocios, una como Providencia.

Dejemos á Don Arturo como el náufrago, buscando una tabla de salvación en el mar de sus contrariedades, y vamos á saber qué se hizo el inteligente Enrique, á quien lleno de fe, de amor y esperanzas, vimos por última vez en el jardin de la encantadora Rosa. Enrique, como hemos dicho en párrafos anterioies, no conocía á nadie, porque sus primeros años los había pasado en el colegio de una ciudad del interior, y cuando fué al lado de su tío, le esperaban demasiadas obligaciones para pensar en conocer una sociedad que no le hacía falta, por lo mismo que no había tenido tiempo paaa gustar de sus engañosos atractivos. Cuaudo Enrique se separó de Rosa, aun no sabía lo que iba á hacer. Al llegar al peñazco donde to-

das las tardes iba á contemplar á su amada, y donde quedaba grabado indeleblemente su nombre y su primera declaración de amor, levantó los ojos al cielo, y ahogando un suspiro murmuró: Allí está Dios! Enrique siguió con firme paso por un ancho camino sombreado por gigantescos árboles y florecidos cafetales, cuando, no había andado cien metros, se le ocurrió una idea, y exclamó:

— Me he salvado.

En efecto, la Providencia principiaba á velar por aquel jóven, y él sin ensayar siquiera el mejor modo de tratar el punto que se le había ocurrido, apuró el paso, y una hora después, estaba frente á una hermosa casa de donde salían algunas personas de miserable apariencia. Allí esperó un rato, en tanto que aquellas personas iban desapareciendo, y con resuelto paso se dirijió á la puer-

ta y sacudió el timbre. La voz sonora y dulce de un anciano venerable contestó: adelante; y Enrique se encontró frente á frente con el celebrado filántropo, Don Eugenio de la Rosche, rico y noble aragonés, de cuya existencia nadie sabía más que lo que Enrique hubiera podido abarcar con su primera mirada. El anciano fijó en el jóven sus azules ojos, y sonriendo cariñosamente le estrechó la mano invitándole á sentarse.

—¿En qué puedo servir al caballero?—se apresuró á preguntarle, y Enrique que ya había cobrado suficiente ánimo, contestó:

—Señor, extraña, á la verdad, debe serle á usted mi visita; pero creo que Dios que ha dirijido á esta casa mis pasos, es porque en ella debo hallar su Providencia.

Al anciano le agradó en ex-

tremo la simpática figura de Enrique y sus finos modales, que revelaban la nobleza sin soberbia, y la humildad sin servilismo; y acercándose un poco más al jóven le exitó á hablar sin temor. Alentado Enrique por tan fina recepción, se apresuró á declararle el objeto que allí le había conducido, y el deseo que tenía de abrirse paso en el camino de una vida que le condujera á la realización de sus sueños de hombre digno, y le significó además, que una recomendación para cualquier lugar fuera del país, sería doblemente de su agrado.

El señor de la Rosche prestó suma atención á la demanda de Enrique, y sin más examen, le dijo, que tenía mucho gusto en servirle; que, á la casualidad, había recibido carta de un rico propietario de la Habana, amigo suyo y encargado de alguno de sus negocios; que en dicha

carta le participaba que el joven Carlos T., antiguo empleado de la casa pensaba separarse con rumbo á Venezuela, y que muy bien podía recomendarle para que ocupase el puesto que aquel iba á abandonar.

El señor de la Rosche escribió una fina esquela sobrecartada para Don Ricardo Estrada, en la Habana; y tomando un bolsillo de seda lo entregó al joven diciéndole:

—Este es un pequeño presente que deseo no se lo desaire usted á su viejo servidor y amigo.

Para Enrique no acostumbrado á estas emergencias de la suerte, era duro recibir en dinero la protección de otro hombre; pero el caso en que se encontraba era bastante apremiante, y no debía, ni podía rehusar una dádiva presentada con la sencillez del que desea hacer el bien, sin humillar al

que lo recibe. Enrique tomó lo que aquel caritativo Señor le presentaba, y llevándose la mano al corazón, dijo emocionado:

—Aquí arroja usted la semilla de su caridad; yo le aseguro que el fruto no se hará esperar.

—No piense usted más en eso, amable joven. Mi mejor recompensa será saber que es usted feliz, y que mis recomendaciones le abren el ancho camino que pueda conducirle á la cima de sus aspiraciones y de sus sueños.

El joven se despidió de su protector con el alma henchida de gratitud y esperanzas, ofreciendo darle muy pronto noticias suyas.

Tres días después de la llegada de Enrique á un vecino puerto, un buque Alemán, meciéndose en la babía, hincha-

ba sus velas y desplegaba sus banderas con rumbo á la hermosa Cuba.



IX

Hemos dicho antes, que en la siempre silenciosa y poética casita de Rosa, llegó á notarse extraña animación, y que sus buenos vecinos estaban maravillados de ver á Doña Irene bajar con semblante risueño á visitar el campo, y que Don Felipe medio arrastrándose bajaba también hasta el jardin de su idolatrada hija.

Después de los acontecimientos que hemos venido refiriendo y luego que Carlos había huido del hogar dejando á sus padres al borde de un abismo de miseria, no se había po-

dido averiguar su paradero; y aquellas buenas personas llevaban quince años consumidos por la tristeza y en sus corazones, si no se había extinguido la llama de los sagrados afectos, al menos cierto disgusto los mantenía virtualmente separados, apurando cada cual la copa de acíbar de sus recuerdos, y sin que, ni Rosa, que era el ser más allegado á ellos, se hubiese apercibido nunca de tal misterio, ni alcanzado remotamente á pensar que tuviese ella un hermano. La primera vez que vimos á Rosa en el cuarto de su madre, y cuando aquella le propuso pasar más tiempo del acostumbrado al lado de ella, Rosa llegó á imaginarse que tal resolución obedecía á un cambio radical de rarácter y de costumbres; y que se trataba de algo íntimo en el ánimo de sus padres.

Después que Enrique se ha-

bía marchado, Rosa, exceptuando el cuidado que siempre prestaba á sus flores, nada más la atraía al jardin; por tanto, desde el momento que su buena madre le había exijido que la acompañase en todas las horas del día, la angelical criatura había hecho completa renuncia de su cuartito, y se había entregado á su madre.

Aldía siguiente de la partida de Enrique, principió para aquella niña una nueva vida; su corazón se despojaba del blanco velo de sus sueños infatiles, para envolverse en el ropaje de sus ilusiones de mujer, y desde aquel día, pensaba y se preocupaba, sin darse cuenta de tan repentino cambio. Doña Irene principió por preparar el terreno para no sorprender á Rosa. Iba á hablar otra vez de su hijo que vivía sin cesar en sus recuerdos; pero cuyo nombre jamás salía de sus labios; de

su idolatrado Carlos, á quien lloraba creyéndole perdido para siempre, y á quien la Providencia había querido conservar para recompensar la resignación de aquellos padres desgraciados.

— Rosa, querida hija mía, dijo Doña Irene. Te gustaría tener un hermanito?

Rosa sonrió ante aquella singular pregunta, y contestó:

— Si, madre mía. Cuando has estado muy triste y reservada, he deseado tener un hermano con quien conversar y jugar y que le gustasen también las flores para que me ayudase á cultivarlas.

— Ah....¿Quiéres un hermano, pero que sea pequeño, y que se ocupe sólo en compartir tus juegos, y ayudarte en tus domésticas ocupaciones?

— No, madre mía, no he ado en su edad ni tamaño,

sino en otro ser que fuese como yo en esta casa, y que, por otra parte, fuese de carácter alegre para que no te dejara entregar á la tristeza.

A Doña Irene, ante aquella ingenua confesión de su hija, se le habían llenado los ojos de lágrimas, y estrechándola contra su pecho, le dijo conmovida :

—Pues bien, Rosa, tienes un hermano, á quien Dios mediante, conocerás muy pronto y espero que lo querrás mucho.

Doña Irene sacó de un cofrecito de madera una larga carta, y entregándosela á su hija le dijo :

—Después que te hayas impuesto de ella, te contaré todo lo que hasta hoy has ignorado.

La joven antes de principiar á leer se dijo :

—Bien lo había pensado yo,

empieza á descorrerse el velo de un misterio.

Rosa leyó detenidamente aquella carta fechada en la Habana hacía un mes, y en la cual su hermano Carlos le decía á sus padres cómo y cuándo había llegado á aquella Isla; los innumerables trabajos que había pasado para ganarse la vida, y lo arrepentido que estaba de haber sido culpable de la desgracia de ellos. Les daba relación de cuantos medios se había servido para alcanzar la buena reputación de que gozaba, y los ahorros que tenía hechos para reparar las pérdidas que su loca juventud les había ocasionado. Solicitaba el perdón, asegurándoles, que, quince años de ausencia y lo mucho que había sufrido lejos de su hogar querido, habían impreso en su fisonomía física y moral las huellas de una seriedad inquebrantable; y que la única

ilusión que alimentaba, era volver á abrazar á sus queridos padres y á su hermanita, á quien había dejado reciennacida; para colmarlos á todos de felicidad.

Rosa y su madre lloraban de contento, y Don Felipe, á quien tan fausta noticia había sacado de su natural mutismo, iba de un extremo á otro de la casa, restregándose las manos y exclamando: la Providencia! la Providencia que no olvida á sus criaturas!

Doña Irene, tal como se lo había ofrecido á su hija, le refirió sin omitir el más leve detalle todo cuanto desde su matrimonio había ocurrido; y por último, el motivo de haber sido siempre tan excéntrica, y haberla criado á ella sin los mimos que tan malos resultados le habían dado con Carlos. Todos en aquella casa, unidos por un mismo sentimiento, se die-

ron á forjarse las más gratas ilusiones con la llegada del hijo ausente y regenerado.

Contando los días prefijados por Carlos para su arribo á Venezuela, pasaba aquella familia las mejores horas de los días para ellos más felices.

X

Enrique llegó á la Habana sin interrupción alguna. Había hecho una travesía feliz, admirando las inmensas maravillas del océano, respirando las saludables brisas marinas, y bogando también su alma soñadora por el risueño mar de sus juveniles ilusiones.

La llegada del jóven á la rica morada de Don Ricardo, fué un acontecimiento sensacional para todos los habitantes de aquella casa. Enrique gustó mucho, y las valiosas

recomendaciones de Don Eugenio, le abrieron de par en par las puertas de la confianza y de la más acendrada estimación. Carlos T., que ocupaba un puesto distinguido entre aquella familia, fué presentado al joven, y en pocos días la amistad más pura unía aquellos dos seres de naturaleza tan diversa.

Enrique, delgado, pálido, melancólico, de imaginación poética y alma soñadora, que á todas horas se asomaba con vívidos reflejos á las pupilas de sus grandes ojos negros; Carlos, alto, fornido, colorado, expansivo, de movimientos rápidos, impetuosos; parecía que aquellas dos personas no podrían nunca entenderse, y sinembargo se buscaban el uno al otro como el imán y el acero, y de tan expontánea simpatía nació en breve el más profundo cariño fraternal. Carlos, que na-

turalmente era menos reflexivo, un día que ambos amigos se paseaban desocupados, le refirió á Enrique quiénes eran sus padres, y los propósitos que tenía de reunirse con ellos; le habló de una hermanita que apenas conocía, y cuyo nombre ignoraba, porque cuando él huyó aún no había recibido el agua del bautismo; y le refirió, sin callar un punto, sus locas travesuras de la niñez; el motivo por el cual hacía quince años estaba en la Habana, los esfuerzos que había hecho para corregirse, y lo que sufría al triste recuerdo de sus padres.

A cada palabra de Carlos, el corazón de Enrique se estremecía; no sabía que Rosa tuviese un hermano. Su buena suerte le llevó á dar con aquel joven que á primera vista le había inspirado tan grandes simpatías; y luego, al quererlo tanto, había reputado como un herma-

no del corazón. Después que Carlos hubo narrado su historia, Enrique le estrechó en sus brazos llamándole hermano suyo; y á su vez, confiando en aquel cariño puro y desinteresado de su amigo, depositó en él los más íntimos secretos de su alma. Cárlos supo por Enrique el nombre de su hermana, y á todas horas aquel dulce nombre estaba mezclado en sus conversaciones, encontrando Enrique un verdadero consuelo en la ausencia de su amada.

Carlos, no obstante los vivos deseos que tenía de reunirse con su idolatrada familia, había retardado su viaje; le era muy doloroso separarse de Enrique, y muy á pesar suyo, y por las repetidas instancias de sus padres porque les diera el placer de llegar pronto á su hogar, Carlos con lágrimas de verdadero sentimiento, se despidió de la noble familia de

Don Ricardo, y del generoso Enrique, que tuvo la inmensa pena de ver partir al primero y único amigo que tenía, y quien después de su adorada Rosa, era lo más caro de su corazón.



XI

Las suaves y perfumadas brisas del poético mayo, saludaron en su suelo natal al joven Carlos, que después de cinco días de navegación, tenía la suprema felicidad de encontrarse en brazos de sus padres y de su hermanita, convertido en un elegante y cumplido caballero. La recepción fué modesta, como todo lo que lleva el sello de la sinceridad en los acendrados afectos del alma, y pasados los primeros trasportes de indescriptible alegría, Carlos refirió los sucesos gratos é ingratos de su acciden-

tada vida durante los quince años que permaneció en la hermosa ciudad de la Habana.

Muchas y sentidas lágrimas derramaron aquellos padres amantísimos al relato de Carlos; y Doña Irene, sacerdotisa sublime que había sacrificado su corazón, como hostia de amor, en el altar de la maternidad; abrazándose al cuello de su hijo querido le besaba, bendiciendo la hora dichosa en que la Providencia le devolvía al regazo de los suyos.

———————



XII

Algunas noches de insomnio, y una dulce y tranquila melancolía habían impreso en el delicado rostro de Rosa, las huellas de un oculto pesar; y su hermano que bien enterado estaba de aquella pena, una tarde, tomándola de la mano, la invitó para que le acompañase al jardin.

Bien lejos estaba la triste niña de pensar que Carlos conociese como ella misma los secretos de su corazón: y luego que hubieron tomado posesión de un pequeño banco de made-

ra que Rosa había colocado al pié de un árbol, Carlos acariciando la cabellera de su hermana, y sin más preámbulos, le dijo:

—Hermana mía, desde cuándo no sabes de Enriqae?

Rosa se extremeció visiblemente ante aquella inesperada pregunta, y bajando los ojos que antes tenía fijos en el simpático rostro de su hermano, y sin poder contestarle, se cubrió la cara con las manos y se puso á llorar.

—Rosa, hermana mía, dijo Carlos, he sido demasiado brusco; perdóname, siquiera porque te traigo las mejores noticias; esas que tu corazón ansía, y que son hoy para tí lo que la lluvia para las plantas que seca y mata el prolongado calor de un sol de estío.

Rosa estrechó las manos de Carlos sollozando. Aquella era

sin duda la más elocuente contestación que podía dar á su hermano; y comprendiendo éste que aquellas lágrimas eran un amalgama del pesar y la natural timidez de verse descubierta en sus sentimientos, juzgó oportuno que Rosa le diera libre curso á aquellos mal reprimidos sentimientos; y guardando un respetuoso silencio esperó que ella se repusiera.

Los grandes corazones; los que han sentido; los que han amado apurando gota á gota el acíbar de una cruel y dolorosa ausencia, sólo pueden comprender á Rosa, delicada flor que se agostaba, sin que una mano cariñosa fuese á acariciar sus perfumados pétalos que el huracan de una reconcentrada desesperación arrancaba sin piedad.

— Hermana mía, dijo por fin Carlos, cese ya ese llanto. ¿Por qué has de sufrir así,

cuando te traigo el bálsamo que ha de cicatrizar la herida que la ausencia de Enrique, y su prolongado silencio han abierto en tu inocente corazón? ¿Por qué, cuando he creido ver brillar en tu semblante la alegría y la felicidad, te pones á llorar como si te mortificase su recuerdo, y no quisieses oir hablar de mi único y querido amigo?

— Oh! nó, Carlos! dijo Rosa levantando precipitadamente su cabeza. Háblame á cada instante de Enrique, y perdona mis lágrimas; ellas son hijas de un doloroso sentimiento porque no he tenido valor para confiarle á nuestra madre mis impresiones; y sola, en el más estoico silencio, he devorado mis dudas, mis pesares y el inmenso amor que Enrique ha inspirado á mi alma. Dime, Carlos, qué circunstancia feliz ha puesto á Enrique en tu ca-

mino, y cómo es así que ya lo sabías todo?—Carlos, hermano mío! cuánto bien me has hecho! Cómo me siento aliviada del gran peso que oprimía mi corazón!

— Pues bien, Rosa, mi resolución de venir á reunirme con vosotros, fué lo que dió origen á que yo conociese á tan noble y buen amigo, porque el día que su tirano tío le violentó al punto de hacerle tomar la resolución de abandonarle y dejar también el pais, pensó obtener primero una recomendación, y tuvo la feliz idea de solicitar la protección del caritativo señor Don Eugenio de la Rosche, rico aragonés que viaja hace algunos años por nuestra américa, y cuyas íntimas relaciones con Don Ricardo Estrada, y la participación que tiene en los grandes negocios de aquel, le tiene siempre al corriente de todo. Don Ri-

cardo le había escrito á Don Eugenio participándole que yo me separaba, cuando á la sazón solicitaba Enrique una ocupación análoga á la que yo desempeñaba; y aquel noble caballero reconoció á primera vista, que Enrique era una persona capaz de corresponder á sus buenas recomendaciones, y no dudó en concedérselas. Así fué como tuve la inmensa dicha de conocer á Enrique, quien me fué presentado imediatamente después de haber sido cordialmente recibido en el seno de aquella fina y noble familia, donde yo soy reputado como un miembro de ella.

Desde luego Enrique y yo simpatizamos de la manera más expontánea; por él supe tu nombre, como también que eres su prometida. Ya puedes imaginarte, querida hermana, cuál sería la sorpresa de ambos, y con qué lazos tan estrechos

nos unimos desde ese momento. A todas horas me hablaba de tí, con el más elocuente y apasionado lenguaje; y aunque no quiso escribirte hasta no obtener yo el beneplácito de nuestros padres para que pueda él hacerlo libremente, te he traido, empero, la repetición de su PROMESA, promesa que cumplirá; yo te lo juro, porque en aquel corazón no puede caber la falsía.

Rosa enjugó su llanto, y la hermosa y divina luz de la esperanza volvió á iluminar sus ojos, y á colorear sus mejillas, impriendo en todos sus movimientos la fé de una soñada felicidad.

Carlos y Rosa concertaron el mejor modo posible de hacer partícipes á sus padres de aquel asunto de suyo trascendental; y dos ó tres dias después, una noche que se hallaba reunida esta interesante familia en su

saloncito de recibo, Carlos tomó la iniciativa, y girando sus inquietas miradas en torno de los queridos seres que allí le miraban sonreidos, dió principio, y como en son de chanza preguntó si no habían pensado en algún partido para Rosa, ó si no se había presentado algún aspirante.

Doña Irene cambió una mirada de inteligencia con su esposo, y contestó:

— Hijo, á la edad de Rosa nunca falta quien trate de conquistar un corazón inocente; pero nuestra hija creo que aún no ha pensado en esto; mas, si debo ser franca, se ha presentado con tal solicitud un sugeto que, á mi entender, es lo mejor que puede desearse.

— Hola, dijo Carlos haciendo uso de su acostumbrada hilaridad, y por qué no me habías participado eso, querida hermana?

Rosa no supo al momento qué contestar; pero de aquel conflicto fué á sacarla su madre, que replicó en seguida:

— Hijo, Rosa ignora completamente semejantes pretensiones, porque á Felipe y á mí, viene dirigida la carta donde consta la solicitud que se hace de su mano; y como no es cosa que nos apura, esperabamos que tu llegases paıa comunicarte esta noticia contando con que seas de la misma opinión nuestra, y que Rosa, á su vez, convenga en darle á sus padres una prueba más de su cariño y obediencia filial.

El rostro de la joven estaba enrojecido. Las palabras de su madre se clavaban como puñaladas en su corazón, y los presentes no pudieron notar su turbación, porque desde el comienzo de aquella enojosa conversación se habia vuelto un poco de espaldas, y hacía que

se entretenía arreglando algunos papeles de música diseminados sobre su piano.

Carlos se habia revestido de un aire de seriedad que indicaba que aquella noticia le preocupaba, y dando algunos pasos por el saloncito fué á situarse frente á la niña, que fijó en él sus hermosos ojos tan tristemente, que Carlos leyó en ellos la súplica más tierna y elocuente. Carlos sintió al influjo de aquella mirada, algo que arrancó un grito de remordimiento á su alma; y acercándose un poco más á su hermana le dijo casi al oido:

— Espera.

El joven volvió á ocupar su puesto, y reanudando la interrumpida conversación, preguntó:

— Bien, ¿y cómo pensáis vosotros contestar dicha carta?

Doña Irene, que como mujer

al fin era siempre la más pronta en hablar, contestó en seguida:

— Felipe y yo, le hemos ofrecido un buen éxito, porque hemos contado con que Rosa ,al ser la prometida de nuestro antiguo amigo, no podría menos que sentir un profundo y verdadero cariño, unido á la admiración que inspiran sus incalificables méritos.

— Madre mia, dijo Carlos contrariado. Comprendo que procedeís guiados por las mejores inteuciones de formarle á Rosa un porvenir brillante y feliz; pero permitidme que os diga, interesado como vosotros en la suerte de ella, que habeis obrado con harta lijereza, y que en asuntos de esta naturaleza no debe garantizarse nunca un éxito que sólo puede concederlo un corazón enamorado; y según me habéis dicho,

Rosa ni siquiera tiene conocimiento de esto.

— Es verdad, se apresuró á decir don Felipe. Soy de la misma opinión de Carlos, y por lo que de mi voluntad depende, seré siempre imparcial en este asunto; pues se trata de la felicidad de nuestra hija, y esa felicidad no es la inmolación en aras de nuestros personales intereses, sino que depende del grado de afecto que debe sentir su corazón por la persona elegida para su esposo. Lo demás sería un incalificable egoismo de nuestra parte, y no seré yo quien proceda tan inconsideradamente.

— Muy bien, dijo Carlos, dirigiéndole á su padre una mirada de gratitud. Así tambien espero que mi buena madre sea de igual parecer, porque tengo, á mi vez, que hacerles algunas confidencias; y espero, que al exponer mis ideas, no

crean que procedo impulsado por una ciega simpatía únicamente, sino también por la práctica que he adquirido respecto al corazón del hombre.

— Hijo mio, añadió Doña Irene: explícate sin dilación y no creas que puedo dejar de participar de tu mismo parecer si te asiste la razón y el claro criterio de que eres poseedor.

Rosa habia sufrido mucho durante aquella conversación en la que ella habia sido el blanco, pero tan luego como vió que la actitud de Carlos era llevar sus padres al terreno que él deseaba, y ya que habian principiado á darse por conformes, la pobre niña habia respirado; y para que Carlos pudiese tratar de aquel asunto con entera libertad, se alejó pretestando una ocupación.

Carlos á pesar de lo mucho que habia sufrido, y de los supremos esfuerzos que habia-

hecho para corregirse, conservaba aquella viveza é impetuosidad que era peculiar de su naturaleza, y si habia encontrado fácilmente el camino de una intachable conducta, con lo cual se habia formado casi solo un nombre honorable y un porvenir de comodidades y desahogos, es porque sin duda, la nobleza y la honradez se llevan en la sangre; y el que las hereda cuenta legítimamente con un gran capital. El hombre reparó con exceso sus locas travesuras de niño, haciéndose modelo de ciudadano, y en tal actitud, sus padres no podian menos que atender debidamente á sus indicaciones.

La suplicante mirada de Rosa, momentos antes, le daba fuerzas para tomar decididamente su defensa, y estaba dispuesto á luchar hasta conseguir desvanecer por completo la idea que sus padres habian

formado respecto á la niña, si después de lo que les iba á confiar, persistian en tal capricho. Don Felipe se habia expresado en términos que indicaban á Carlos que sería hasta cierto punto neutral; pero Doña Irene se mostró más de una vez contrariada y Carlos temió la oposición.

— Y bien, hijo, se apresuró á decir impaciente la buena señora, por qué te has quedado pensativo sin imponernos de lo que has ofrecido comunicarnos?

— Ah!... dijo Carlos con viveza, me habia abstraido en un pensamiento. Pero, madre mía, nos sobra demasiado tiempo; y si me he violentado un poco, es, porque nuestra conversación de hoy ha dado ocasión á que Rosa haya sufrido lo que no es decible; y quiero abreviarle esa pena, confiándoles sus sentimientos para que

sin demora coadyuvemos todos á su tranquilidad.

— Habla, habla, dijeron á un tiempo Don Felipe y Doña Irene; y comprendiendo Carlos que ya los tenia de su parte, medio sonreído, y como tratando de no advertir la sorpresa que iba á dar á sus padres, dijo:

— Pues.... Rosa está enamorada.

— Enamorada? objetó Doña Irene palideciendo. Y cómo es así que yo no lo haya advertido? Se escapa algo tan serio á la penetración de una madre?

— No sé, contestó Carlos. Pero sin duda, que á los pocos años de Rosa, no se tiene sin una profunda causa moral, esa languidez en la mirada y en la sonrisa, ni el blanco color de la azucena, signo inequívoco del insomnio; ni sufre el espíritu las involuntarias abstracciones

de que con frecuencia he notado que es víctima.

— Y estos signos exteriores son, querido Carlos, los que únicamente te dan testimonio de sus impresiones?

— No, madre mia, hay más; muchos más. Reconozco casi como hermano al joven que aspira á ser su esposo; él me lo ha confiado todo, y Rosa no me ha negado nada. Yo solicito el perdón para ella, que no ha tenido suficiente fuerza de voluntad para abrirles su corazón, y pido solemnemente su mano y el beneplácito para formalizar un compromiso de matrimonio que, Dios mediante, se verificará muy pronto á satisfacción de todos.

Carlos refirió con el lenguaje del cariño, las notables cualidades de Enrique, y como la casualidad habia llevado aquel joven á ocupar el puesto que él desempeñaba. Carlos hizo tan

interesante á Enrique en el corazón de sus padres, que desde luego le fué concedida su solicitud, con el permiso de mantener Rosa, con su novio, una correspondencia epistolar frecuente, y después de varias preguntas más, Carlos hizo comparecer á su hermana, la que fué saludada por sus padres como la prometida de su digno y queridísimo amigo.

Así terminaron aquellas conferencias, feliz para todos y doblemente para Rosa, que habia visto oscurecerse por un momento el lindo cielo de sus caras ilusiones, para luego ostentar mayor claridad y belleza.

Los dias siguientes fueron para aquella interesante familia, de íntimas fiestas en el seno del hogar, donde la vejez y la juventud no formaban contraste alguno, oficiando ambos de igual modo en el imponente altar de la paz y la alegria.

Carlos escribió una larga y sentimental misiva á su amigo querido, pintándole con los más vivos colores lo triste de su separación, y cuanto habia hecho en aras del afecto que le profesaba, á fin de desvanecer sus temores, y atenuar en algo las mortificaciones de tan involuntaria ausencia. La contestación de Enrique no se hizo esperar. Cuando leyó la ansiada carta de su amigo, poseido su corazón de indefinible alegría, tomó la pluma, y en un pedazo de papel vertió toda su alma.

Este noble y generoso joven trabajaba con ahinco para adquirir siquiera el mero necesario que le sirviese de base para realizar sus ilusiones, y era tanta su contracción y el talento con que manejaba los negocios de Don Ricardo, que en el breve tiempo de un año obtuvo la dirección general de ellos, co-

locando su nombre en el título de aquella respetable casa.

Don Ricardo Estrada, hombre en extremo inteligente y bueno, supo apreciar en lo que valían las singulares aptitudes de aquel joven, y no omitió medios para ayudarle á abrirse paso en el camino de su soñada prosperidad.

En una de las cartas de Don Ricardo para el señor de la Rosche, le daba gracias muy sinceras por haberle recomendado aquel joven dirigiéndole á su casa, y le decía, que lo único que de antemano lamentaba, era saber que Enrique tendría al fin que abandonarlo para volver á su patria.

Enrique, tal como se lo ofreció á su protector, le escribió una carta en cuyo lenguaje palpitaba la profunda y duradera gratitud que llevaría en su corazón durante su vida, pidiéndole al Ser Supremo pre-

miase dignamente el noble y desinteresado comportamiento empleado con una persona para él desconocida.

Don Eugenio respóndió en seguida á aquella cariñosa carta de su protejido, felicitándole sinceramente por la buena marcha que llevaban sus nobles y justos deseos; celebrando haber contribuido en algo á su bienestar. Enrique que era huérfano, y que desde muy niño careció de las tiernas caricias y saludables consejos de su padre, sintió por el señor de la Rosche, un respeto y amor filial tan profundo y santo, que en sus cartas no le trataba sino de padre; y Don Eugenio á su vez, de hijo muy querido.

La familia de Don Ricardo cobraba cada dia mayor afecto y preferencia por Enrique, quien casi siempre reservado y triste, jamás salia del círculo de sus deberes, sometiendo to-

das sus aciones y movimientos á la más refinada etiqueta; y sin que dejase de inspirar por esto la más agradable confianza, basada en la ingénita dulzura de sus modales, que le atraía numerosos admiradores y panegiristas. Enrique agradecía con toda su alma las deferencias de que á todas horas era objeto; pero no podia resignarse á permanecer mucho tiempo separado de los queridos seres de su corazón. En sus largas y tiernas cartas para Rosa le decía, que en medio de aquella grande y animadísima ciudad, él vivia solo, pensativo y mustio; y que la tristeza invadía su alma, como la sombra los valles después que el sol ha dirijido sus postreras miradas á este hemisferio hundiéndose en el ocaso; que una incomparable melancolía se habia apoderado de su espíritu, y que sin el convencimiento de

que ella le amaba y le esperaba para compensar aquellas íntimas tristezas de la ausencia, quizas se convertiría en un autómata, porque sólo ella le habia hecho apreciar la vida y amar bienes que jamás habia soñado.

No ménos sensibles eran las que dirijía á su amigo Carlos: y éste y Rosa, después que tan queridas cartas eran leidas por sus padres, tomados del brazo, bajaban al jardincito á leerlas y releerlas hasta aprendérselas de memoria.

— Carlos, hermano mío, decía Rosa llorando. ¿Crées tú que llegará el dia feliz de ver aquí entre nosotros á Enrique? No tienes presentimientos de que una inesperada desgracia retarde su regreso? Yo no se lo que me pasa. Tel vez será el intenso deseo de verle, mis ambiciosas ilusiones, las que me hacen presentir esas cosas; pero

te aseguro, que no sé á qué fuerza contraria á mi voluntad obedecen estas ideas; lucho por desvanecerlas, y me acosan sin cesar....

— Niña, dijo Carlos después de haberla dejado hablar sin interrumpirla, por qué te estás forjando esas ideas tan lúgubres? ¿Desconfías de la Providencia que incesantemente ha velado por nosotros, dándonos el valor necesario para contrarrestar los embates de la suerte? ¿No has aprendido nada de la heróica resignación de nuestros padres, para sufrir, y nada has aprendido de mí, que desde niño he luchado solo y lleno de contrariedades y remordimientos? No, Rosa, hermana mía, comprendo que sufrirás mucho con la ausencia de Enrique; pero no debes dar cabida en tu corazon á la duda, porque ella sola es un veneno que mata lentamente, y al ha-

certe daño, acabará conmigo. Procura pensar siempre que en pocos dias tendremos la felicidad de ver á nuestro amigo, y que entonces no volveremos á separarnos de él.

— Dichoso tú, Carlos, que eres tan optimista, dijo Rosa, ya te he dicho que no soy culpable de que se me haya ocurrido tal cosa, y ya procuraré como me lo aconsejas, auyentar esos pensamientos que, como tu dices envenenan y matan.

— Bien, querida Rosa, guarda esas cartas, y en tanto llega la noche, hagamos por el campo un corto paseo.

Rosa se levantó maquinalmente del tosco banquito, y tomando de la mano á Carlos marcharon por un trillado camino sembrado de lirios y jazmines, y que servía de entrada á aquella tranquila y poética mansión.

Rosa caminaba silenciosa y triste, y al llegar al peñazco, testigo de sus primeras impresiones, el corazón se le oprimió dolorosamente, y desprendiéndose del brazo de Carlos se arrodilló regando con sus lágri mas las negras y queridas cifras que Enrique habia dejado escritas en el peñazco, y que en su ausencia, semejaban para ella el triste epitafio grabado en una tumba.

Carlos se apresuró á levantar de allí á su hermana, que se entregaba á un pesar tan injusto, s gún sus apreciaciones, y reprendiéndola con dulzura le reclamó el cumplimiento de su palabra, empeñada pocos momentos antes en el jardin.

— Sí, hermano de mi alma, no he olvidado mi ofrecimiento, pero no me prohibas hoy que llore; tengo el corazón atribulado sin conocer la càusa, y necesito derramar estas lágri-

mas para desahogarlo del peso enorme que le oprime.

— Bien, llora en buen hora, si es que para tí es una necesidad imperiosa; pero te suplico de nuevo, que no te entregues á la desesperación, ni alimentes esos tristes pensamientos porque tu salud sufriría serios quebrantos. Antes de recibir las cartas de mi amigo, estabas llena de risueñas ilusiones, y ahora que hemos sabido que está bueno, pensando y ansiando reunirse á nosotros, tienes tú tan extraña y misteriosa transformación!

— Ah! Carlos, eso es lo qué debe probarte que yo no he solicitado esos funestos pensamientos que han venido á fijarse en mi cerebro como espinas punzadoras.

Carlos no hallaba qué frases emplear para distraer y disuadir á Rosa, y tomándola del brazo la obligó á caminar ace-

leradamente por aquellas tortuosas veredas hasta salir al paso real.

No habían andado nuestros jóvenes cien metros, cuando un lujoso coche hacía alto en aquel punto conduciendo un señor de blanca y larga barba, quien bajó lijeramente del fino vehículo, y al ver á los jóvenes fuese hácia ellos sombrero en mano y ensayando ceremoniosas cortesias.

Carlos salió á su encuentro y después de haberle saludado atentamente, el desconocido caballero pidió informes de la casa de Don Felipe T., á lo cual Carlos contestó en seguida que era hijo de la persona que solicitaba y que estaba á sus órdenes para conducirle á ella.

El caballero dió las gracias aceptando tan oportuno ofrecimiento, y los tres se encaminaron por las angostas veredas de aquellos tranquilos campos.

Durante el corto trayecto que los separaba de la casa, el anciano hizo varias preguntas al joven, que indiferentemente miraba á aquel caballero á quien creía antiguo amigo de su padre.

Rosa que habia heredado la apacibilidad reflexiva de Don Felipe, y una gran penetración, pensó que aquella extraña visita obedecía á capital importancia, y sin saber por qué, pensó en Enrique, y le pareció que alguna relación tenía la visita de aquel caballero con los pensamientos que á ella la torturaban.

Después de algunos minutos de marcha, nuestros tres personajes llegaron á la pequeña casa, y luego que Carlos hubo conducido á la sala de recibo al caballero, salió en solicitud de su padre. Poco después Don Felipe saludaba aquella persona, no menos des-

conocida para él que para sus hijos.

El anciano extendió su mane á Don Felipe, y sin más preámbulos le dijo:

— Señor de T., perdonadme si vengo en mala hora á interrumpir la grata y envidiable paz que en este hogar se disfruta; pero si no fuese de urgente necesidad el paso que las circunstancias me obligan á dar, os aseguro que no me hubiera atrevido á ocasionaros semejante molestia.

— Señor, dijo Don Felipe con acento en que se traslucía la bondad de su carácter, en nada podéis molestarnos, hablad sin temor, y haceos cargo que estais en vuestra casa.

— Gracias, señor, dijo el anciano. Agradezco en extremo vuestra generosidad, y desde hoy estrechad esta mano amiga que os ofrece sin reserva Arturo S.

Aquel nombre produjo verdadera sorpresa á Carlos y á Don Felipe, que le conocían por las tristes referencias que Enrique le habia hecho á su amigo en el seno de la íntima amistad. Sinembargo, disimulando ambos la impresión, contestaron casi simultáneamente que tenían mucho gusto en conocerle yponerse á sus órdenes.

— Pues bien, señores, añadió Don Arturo; la casualidad me llevó en dias pasados casa de un señor de la Rosche, que se da ínfulas de filántropo. Por dicho señor he sabido de un sobrino mio que desapareció de mi casa hace poco más de un año, y el cual es un ingrato huérfano que en mala hora llevé á mi lado, y á quien cuidé como un hijo, dándole una brillante educación, encargándole luego de mis negocios y siendo mis más sanas intenciones, dejarle heredero de to-

dos mis bienes; pero el tal sobrino, después que se vió con tan grandes alas, quiso hacer sus gustos, y no queriendo sufrir la menor reprensión se marcho con la más reprobable desverguenza....

Carlos no podia contenerse. Don Felipe le dirijía miradas inquietas imponiéndole la prudencia para oir hasta el fin aquellos intolerables improperios; pero temiendo que Carlos cometiese una violencia dado su carácter impetuoso y el grande afecto que profesaba á Enrique, le dijo sin cuidarse ya de Don Arturo.

— Carlos, hijo mio, serénate un poco y ten paciencia para oir á este caballero; y volviéndose á Don Arturo le exijió que continuase.

Don Arturo habia quedado como suspenso ante la severa actitud de Carlos; pero no queriendo presindir de la atroz

venganza que se habia propuesto llevar á cabo, dijo sin vacilar:

— Siento, señores, tener que poner de manifiesto el inícuo comportamiento de mi sobrino; pero siendo yo un hombre honrado y de recto corazón, quiero evitar una nueva desgracia; por tanto, me he atrevido á preveniros únicamente porque sé respetar el nombre inmaculado que lleváis, y que sin saber por qué me inspira grandes simpatías.

— Muchas gracias, señor, contestó medio inmutado Don Felipe, y permitidme deciros que, cuanto hasta ahora habeis hablado es cosa harto secundaria para nosotros, y que, si realmente se trata de una desgracia, os suplico nos hagáis el favor de manifestarlo, sin que para ello sea necesario la censura de una persona ausente.

— Señor Don Felipe, ya os

he dicho que siento tener que revelaros ciertas cosas que son de todo punto necesarias para poderos advertir el peligro á que os encontrais expuesto; pero si es para vos de poca ó ninguna importancia mi amigable advertencia, entonces haceos el cargo que nada habeis oido, y yo me marcharé en seguida.

Carlos por su parte habría querido sacar de allí aquel hombre á foetazos; pero cada mirada de su padre le contenia, y se mordía los labios con el furor con que se hubiera comido á Don Arturo.

En Don Felipe se habia despertado una curiosidad grandísima, y tomando la más pasiva actitud le dijo:

— Hablad, caballero, y si la desgracia que quereis hacerme prever amerita mi atención, podeis contar con el más agra-

decido mortal que en el mundo haya existido.

— Os creo, señor; pero no se trata ahora de agradecimientos; obedezco á un vivo deseo de protejer la virtud y sea ó no correspondida mi buena acción, no hago sino cumplir con un deber que tengo por sagrado, aun cuando en ello tenga que caer bañado en mi propia sangre.

— Pues bien, Don Felipe, he sabido con honda pena, que vuestra hermosa é inocente hija es la prometida de mi infame sobrino, y si apreciais en cuanto se merece el porvenir de vuestra familia, debeis evitar ese enlace, pues el que tan mal ha correspondido las bondades de un padre, porque otra cosa no he sido para él, ¿qué puede hacer con personas extrañas? Considerables sumas extrajo de mi casa antes de marcharse, y hace poco he sabido, que todo

lo ha perdido en medio de sus vicios y excesos, y que, además....

— Mentis villanamente, dijo Carlos, loco ya de furor. Padre mio, perdonadme, no puedo más, y lanzándose sobre Don Arturo, y agarrándole como si fuese una hoja seca, lo lanzó fuera.

Doña Irene y Rosa que eran ocultas testigos de aquella escena, se presentaron llorando ante Carlos que se desprendía una ancha faja de cuero que llevaba al cinto, para castigar la infame calumnia de aquel viejo importuno.

Los padres de Carlos se opusieron á semejante atentado, en tanto que Rosa, sin fuerzas para resistir tan inesperado contratiempo, se desplomaba sin sentido y caía al suelo.

Los cuidados que exijía el estado de la niña, y el disgusto

y sentimiento de Carlos al verla en aquel estado, hicieron que éste cambiara toda su fiereza en la mas delicada ternura; y tomándola en sus atléticos brazos la condujo en seguida á un lecho.

Momentos después se oyó el lejano ruido de un coche que rodaba sobre la arena, y Carlos se mordió los labios de ira, por no haber cumplido con aquel mal hombre, el deber que le imponía el corazón con su amigo ausente.

— Ya me la pagará, murmuró como un rugido, y volviéndose á su hermana que continuaba inmóvil y cadavérica en brazos de sus angustiados padres, le aplicó un pomo de esencias á la nariz y regó su rostro con algunas gotas de agua.

Rosa abrió por fin sus hermosos ojos enrojecidos por aquella violenta congestión de

su cerebro, y una languidez mortal se apoderó de su delicada naturaleza que á poco devoraba una fiebre otroz.

Dejemos á esta atribulada familia procurando cuantos medios puede sugerir la desesperación, para salvar á la idolatrada niña, y sigamos á Don Arturo, que, satisfecho de su obra corría en pos de otra no menos cruel para complementar como él decía su justa venganza.

Pocas horas después, la fina carrosa paraba á la puerta de la administración de correos, y Don Arturo penetraba en el interior con aire de triunfo.

— ¿ Está en casa el señor administrador ? -- preguntó á un joven que se presentó en aquel momento.

— Sí, señor, pase usted; y conduciéndole por una espaciosa habitación le invitó á sentarse.

Momentos después un hombre pequeño y flaco, y con los ojos velados por enormes antiparras verdes, saludaba cordialmente á Don Arturo. La conversación se prolongó por espacio de una hora, y muy satisfechos parecían el uno del otro, porque al despedirse se dieron un abrazo fraternal, dejando Don Arturo en manos de su amigo una carta con encargo especial de enviarla á Enrique por el primer vapor que saliera para Cuba.

Es increible que el corazón humano, víscera tan sensible y delicada que puso Dios en el pecho de los hombres para que fuese como el centro de todo lo bello, de todo lo tierno, de todo lo noble, se encuentre á todas horas y en todas partes, infringiendo para su propia destrucción tan sagradas imposiciones; y así vemos como el mal manifestado en la envidia, en el

egoismo, en el cruel engaño, y más que todo, en la venganza; siembra por donde quiera su venenosa semilla y de cuyo mortífero fruto gustan muchos con descaro y verdadero placer.

Don Arturo se sentía feliz, con esa felicidad brutal que inspiran las bajas pasiones y haciendo ostentación de su inmoral alegría, salió de aquella casa para correr de allí al club, al café, al teatro; no podía ni quería estar solo, porque si se hubiese reconcentrado en sus pensamientos, quizás se habría sentido muy desgraciado.

La felicidad del corazón; esa que producen las buenas y nobles acciones y que levanta el alma por sobre todas las miserias de la vida; esa ama la soledad y el silencio; esa busca todos los instantes para adormecer al que tiene la dicha de experimentarla. ¡Felices los que á todas horas saben hacer

el bien, y cuya conciencia está pura, como las claras linfas que brotan de los ocultos manantiales!

A D. Arturo le rindió por fin el cansancio y fué necesario que buscase la calma del hogar. Allí pensó detenidamente en su obra, pero demasiado embriagado por su vanidad, trataba de disculparse consigo mismo, y acosado por el insomnio se levantó del lecho, donde era presa de las más horrorosas visiones.

En tanto, la noble familia de Don Felipe desesperaba con el estado de Rosa; los más afamados facultativos habian acudido allí, donde la belleza y la juventud peleaban á brazo partido con la muerte, y el médico de cabecera, deconsolado, habia pronunciado su fallo, asegurando, que la ciencia se declaraba impotente, y que tocaba á la naturaleza obrar en favor de la interesante enferma.

XIII.

Los dias pasaban unos tras otros á perderse en las sombras del olvido, y el pobre Enrique, pensativo y sin aliento se consumía de tristeza, sin tener noticias de su sienpre amada Rosa, ni de su fiel amigo Carlos.

En vano habia escrito una y otra vez esperando ansioso los vapores procedentes de Venezuela, y movido por un vehemente deseo de saber algo, salió una tarde y fuese desesperado á la administración de correos, por si alguna desgraciada casualidad habia extraviado su correspondencia.

En en efecto, habia una carta para Enrique que no habia sido entregada porque iba con dirección equivocada, y el nuevo empleado encargado de repartir la correspondencia no se habia querido tomar la molestia de hacerla llegar á su destino.

Enrique tomó la fatal misiva, y mortal desconsuelo heló la sangre en sus venas al reparar en el sobreescrito que no era letra de su amigo: se guardó la carta y salió de aquella casa con el corazón deprimido y contrariado, se encerró en su habitación y allí dió lectura á la infame carta que le habia escrito Don Arturo, y que muchas veces se le escapó de sus manos crispadas por un exceso nervioso.

— ¡ No es posible ! se decía. Rosa ! mi angelical y dulce Rosa casada con otro hombre..? ¡ Tendré que quitarme esta mi-

serable vida, porque sin ella y sin su amor, nada quiero en este mundo!

Enrique creyendo á veces que no habia comprendido aquella carta, leía y releía las tremendas líneas que rompían una á una las fibras de su sensible corazón.

— ¡ Será posible! repetía el desconsolado joven. ¿ Será acaso una nueva maldad de aquel hombre? Pero no. El largo silencio de Rosa ¿ no viene á justificar lo que dice mi tio? ¡ Qué hacer Dios de bondad!

Enrique caminaba de un extremo á otro de la habitación tambaleándose como un beodo, el rostro amoratado y las manos rígidas y yertas.

—Iré á Venezuela, murmuraba con apretados dientes. Iré, la arrebataré de los brazos del que me la ha robado .... Le lanzaré de la escena de la vida...

y... luego... yo... moriré también.

Enrique tan bueno, tan religioso é incapaz de alimentar estas cruentas ideas, no podemos culparle; en un momento de supremo dolor se le había extraviado su razón y en aquel incoherente monólogo llegó hasta el lecho y sin darse cuenta de lo que hacía, se reclinó en él hudiendo su volcánica cabeza en las mullidas almohadas donde, privado de conocimiento, permaneció muchas horas. La familia de Don Ricardo, reunida en el comedor, extrañaba la ausencia del jóven que nunca había faltado á la hora señalada, y ya por precaución, ya por el verdadero cariño que aquel noble joven había inspirado, Don Ricardo dió orden de no dar principio á la comida en tanto no se averiguase la demora de Enrique. Seguidamente se le buscó en el

despacho, y en todos los lugares donde por la tarde solía estar leyendo, y siendo en vano, Don Ricardo se dirijió con resuelto paso á su habitación. Escusado nos parece decir la sorpresa de Don Ricardo al ver á Enrique en aquel lamentable estado. El caritativo Señor puso su mano en la ardorosa frente del joven, llamándole repetidas veces, y comprendiendo en seguida que no había tiempo que perder, salió de allí para ordenar la venida de un médico, y participar á todos, el estado del joven.

No poca alarma sembró en aquella buena familia la fatal noticia; todos acudieron solícitos á prestar los cuidados que exijía la gravedad del caso, y el médico que acudió en seguida, después de haber ordenado algunas medicinas, impuso el más completo silencio.

Enrique permaneció en ca-

ma poco más de dos semanas. Los cariñosos y constantes cuidados de aquella familia, unidos á los del médico, hombre en extremo científico, pusieron término á aquella enfermedad, cuyo carácter fué sintomáticamente mortal.

La convalescencia fué larga y penosa. Cada día su estado moral era más alarmante y considerándose el más desgraciado de los hombres, no pensaba en poner remedio á aquella tristeza en que lo había sumido á su parecer, tan terrible decepción.

Tres meses después, debido á las incalculables atenciones de Don Ricardo y su caritativa familia, Enrique había recuperado en mucho su interesante salud; y su médico ordenó los aires del campo ó en su defecto un viaje. Enrique fué interrogado sobre el particular para saberse á qué daba su pre-

ferencia, y él ofreció dar palmaria contestación en el corto lapso de tres días.

Encerrado en su dormitorio permanecía, relevado como estaba desde el principio de su enfermedad, de toda ocupación, y allí se entregó á pensar con la calma que necesitaba su exhausto cerebro, el mejor modo posible de hacer algo por el estado terriblemente grave de su alma. Por más que el pobre jóven pensaba y más pensaba, no se le ocurría nada que le descubriese un punto de luz que pudiera guiar su corazón hacia la tranquilidad. Elegir un campo, en su concepto, era suicidarse. La soledad le espantaba desde que su alma se encontraba abandonada de su inolvidable Rosa. El bullicio de la ciudad le obstinaba, y en medio de la sociedad un profundo hastío y una soledad incomparable le devoraba. Su

único anhelo era regresar á Venezuela. Contra este deseo iban á estrellarse todos sus demás propósitos y resoluciones; pero Venezuela era para él un abismo insondable. Hubiera deseado borrar tan querido nombre de su memoria, cuando más y más persistentes eran sus recuerdos.

—¡Venezuela! murmuraban sus labios pálidos y contraídos. ¿Y qué me espera en el seno de aquella patria adorada? No tengo padres, ni hermanos, ni parientes, exceptuando á mi tirano tío. Ah!... y sin todo esto, ¡cuán feliz me consideraba al pensar que me esperaba Rosa... ¡Rosa que formaba mi universo! ¿Qué me espera al volver al país de mis juveniles sueños? Ay! tal vez la muerte! Si, la muerte, pues carezco del suficiente valor para convencerme de que la he perdido para siempre.

Enrique después de estas amargas reflecciones, cayó en un profundo ensimismamiento de donde fué á sacarle alguien de los que continuamente llegaban á informarse de su estado.

Había ofrecido dar á la familia una contestación definitiva, y era necesario formar una resolución.

Enrique sufría atrozmente.

Había preferido permanecer siempre en aquel cuarto testigo de sus hermosos sueños, antes que pensar en salir á buscar lo que ya en ninguna parte podía hallar, la felicidad.

—Vamos, se dijo la mañana del día prefijado para contestar. Me es imposible salir por ahora de esta casa; le diré á Don Ricardo, que sus cuidados son para mí doblemente preferibles á cualquiera distracción, y que el estado de mi ánimo necesita la pura atmósfera que se respira

en su virtuoso hogar; que me permita pasar dos ó tres meses más sin alterar mi sistema de vida, y que si para entonces siguiese en la necesidad de otro clima, definitivamente elegiré á Méjico. Si, esta es mi última resolución.

Enrique se tranquilizó pensando que por fin había encontrado el medio más adecuado para librarse de aquella especie de coacción, que en su obsequio le hacían sus generosos protectores.

Don Ricardo, el noble caballero que tenía á Enrique en el lugar de un hijo querido, no desperdiciaba ocasión de prodigarle los más finos cuidados; así es que al llegar la tarde, fuese á la pieza del joven, y estrechándole cariñosamente la mano, le suplicó que sin reserva le dijese qué había resuelto en favor de su salud, y qué creía necesitar para practicar

cómodamente las prescripciones del médico.

Enrique dejó hablar á Don Ricardo sin demostrar la más lijera contrariedad, y luego, tomando una mano de su bienhechor le dijo ingénuamente lo que en la mañana le oímos formular á solas.

Don Ricardo se mostró muy satisfecho de la noble conducta del agradecido joven, no sin antes hacerle comprender que también se sacrificaba él, separándole de su lado, siéndole á la vez muy duro que no mejorase pronto si omitía aquel último consejo de su médico.

Enrique pudo al fin convencer á Don Ricardo, y sin más ni más, todos quedaron en cuenta de la perentoria resolución del joven.

Pasados algunos días, Enrique volvió á ocuparse de los infinitos negocios de Don

Ricardo, y cada vez más, celebraba haber procedido con tal acierto en su elección; pues que para él, en medio de tan terribles disgustos, nada era más consolador que una seria ocupación intelectual, con que á la vez correspondiese las innumerables atenciones de que era deudor á Don Ricardo. La extrema tristeza de su corazón quedó velada con aquella dulce moderación que en él era ingénita, y aunque los días pasaban sin tener noticia alguna, una voz de lo íntimo de su alma le aconsejaba esperar la resurrección de su alegría.



XIV

La Providencia siempre pródiga en favores para los mortales, permitió, que la angelical y querida Rosa triunfase al fin de la muerte; pero en semejante estado de aniquilamiento, los médicos aconsejaron baños de mar y contínuas distracciones, como último recurso para galvanizar aquella pobre niña convertida en un ser automático. El médico no tuvo necesidad de repetir sus imposiciones. Inmediatamente se resolvió el viaje, verificándose bajo los más halagüeños auspicios. Ya instalados en un poético

puerto, Rosa principió á sentirse más animada. Todas las tardes apoyada en el brazo de su hermano, se paseaba por las dilatadas riberas de aquel mar inmenso, cuyas bellezas la fascinaban, devolviendo á su corazón la dulce poesía de la esperanza. En sus orillas le parecía estar más cerca de su adorado Enrique, y en cada buque que llegaba creía ver al ser ansiosamente esperado, para poner término á sus crueles sinsabores. Los diálogos que sostenía con Carlos, eran una de las más vivas demostraciones de los progresos que hacía su salud, y aquel amante hermano no desmayaba en consolarla por cuantos medios le sugería su afecto fraternal é inagotable.

—Rosa, querida hermana, le decía acariciando sus delgadas y pálidas mejillas, mira hacia el horizonte, mira aquel punto de luz que asoma allá, donde fi-

naliza para nuestra vista el océano. Ves? Aquel punto es Cuba. ¡Qué cerca estamos de Enrique!

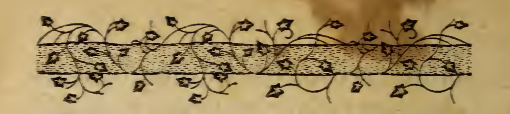
Con estos engaños insignificantes, Rosa cobraba cada vez mayores bríos.

—Procura, hermana mía, continuaba Carlos, que tus quebrantos toquen á su término porque, resueltamente iré á verle, y ya sabremos que poderosos motivos le han obligado á guardar tan prolongado silencio. Jamás he pensado que tan raro proceder obedezca á la indiferencia. No, no puedo conformarme con esa idea. Mi corazón se rebela contra ese pensamiento. Conozco demasiado á Enrique para irrogarle esa ofensa; y por otra parte, él es demasiado educado para que, en el caso de haber cambiado respecto de tí, en sus sentimientos, no tenga siquiera el recuerdo de mi amistad y el

de la gratitud. Pero, qué digo? Nada de esto pasa. No nos atormentemos con esas conjeturas que maltratan á nuestro amigo, porque llegará el dia en que tendremos que pedirle perdón por nuestras injusticias.

Rosa miraba á Carlos suspirando, y conformándose con aquellas apreciaciones que ella veía razonables, porque tanto había sufrido, que necesariamente tenía que acojerse á una idea consoladora y alimentarla, con el fin de conquistar las fuerzas que necesitaba para esperar el desenlace de aquel período tormentoso de sinsabores que había ido á interrumpir la hermosa felicidad de su existencia. La pobre niña, halagada por las promesas de su hermano, ponía cuantos medios estaban á su alcance por restablecer su salud; y cuando por fin dieron todos por terminados sus quebrantos, el incan-

sable Carlos, despidiéndose de sus queridos padres y de su hermanita, partió para Cuba, dejando aquellos amantes seres suspirando por su regreso.



XV

Cinco días después un vapor americano era saludado, con los cañonazos de estilo en el puerto de la Habana. La gente se había aglomerado aquella tarde en el muelle, esperando los buques mercantes procedentes de Nueva York, y multitud de familias ávidas de gozar de la frescura de la tarde y de la variedad de impresiones que ofrece la llegada de las embarcaciones, habían acudido allí, formando oleajes humanos que iban y venían en distintas direcciones.

El desconsolado Enrique también había ido impulsado por un secreto deseo de contemplar un rato las maravillas del océano embellecido á la puesta del sol, y siempre retirado de la multitud se paseaba cabisbajo, mirando indiferentemente las desconocidas personas que saltaban á tierra cuando de pronto, de aquella masa compacta de seres humanos, ve destacarse la elegante figura de Carlos, que sin darle tiempo para reconocerle se arrojó en sus brazos estrechándole silenciosamente contra su robusto pecho, que levantaba la sorpresa y la emoción.

—Mi amigo! dijo por fin Carlos.

—Mi hermano! contestó Enrique como paralizado por aquella súbita alegría, y los dos jóvenes, sin decir más palabras, volvieron á estrecharse, que, en aquel momento, era esa la más

elocuente manifestación de sus homogéneos sentimientos. Entre tanto, la gente había ido dispersándose : los últimos reflejos del crepúsculo se perdían en el horizonte, y la virgen naturaleza reclinaba la frente en su lecho de sombras. Los jóvenes abandonaron las ya desiertas playas y se entregaron á sus recíprocas y amistosas confidencias.

—Carlos, dijo primero Enrique, tu silencio y el de Rosa ha estado á punto de arrebatarme la existencia.

—Ah ! contestó Carlos vivamente, y el tuyo ha podido matar á nuestra Rosa.

—El mío ? dijo Enrique con sorpresa. Si yo he escrito muchas, muchísimas veces, y cuando me convencí de que en vano esperaba la dulce contestación de mis apasionadas cartas, desesperado salí una

tarde á la administración de correos, donde fuí, fatalmente, á dar con una de mi tío que me iba costando la vida.

—De tu tío? dijo Carlos palideciendo de indignación, y añadió:

—Aquel hombre es un infame. Qué te dice en su carta?

Enrique recitó su contenido; y no poco sorprendido quedó también al oir de labios de Carlos, referir la incalificable conducta observada en el hogar de su idolatrada Rosa.

—Ya castigaremos á ese hombre, dijo Carlos, salvando los umbrales de la inolvidable casa de Don Ricardo.

Los jóvenes, más que amigos, miembros de aquella respetabilísima familia, penetraron con la confianza que gozaban allí, hasta el interior y al ruido de un timbre apereció Don Ricardo, que al reconocer á Carlos,

y de contento, casi le ahoga en sus brazos.

La familia festejó la agradable sorpresa de verle otra vez en la hermosa Isla, y todos aquellos días fueron de obsequios y cuidados exquisitos para el recien llegado. Entre todos, la satisfacción de Enrique era visible. La familia de la casa y sus innumerables amigos celebraron sinceramente aquella metamorfosis, y él desde el fondo de su corazón, bendecía al Ser Supremo, que en un momento había cambiado las indecibles amarguras de su alma, por un océano de felicidades.

Al siguiente día se ocuparon nuestros jóvenes en escribir larguísimas cartas para aprovechar un vapor que zarpaba esa tarde con dirección á Venezuela. Carlos, lo hizo para sus padres, refiriéndoles cuantas impresiones había experimentado desde que se despidió de

ellos hasta llegar á la casa de sus bienhechores; y Enrique, en los amorosos trasportes de su joven corazón y sintiendo vibrar sus más delicadas fibras, escribió notas que hubieran podido envidiar los risueñores, y que Rosa, al oirlas, se sintió como en el cielo.

Un mes pensó Carlos permanecer en la Isla, ayudando ardorosamente á Enrique que sin duda le acompañaría en su regreso; pero como los destinos del hombre no están sino en manos de Dios; cuando más afanados esperaban el ansiado día, la repentina enfermedad y muerte de Don Ricardo Estrada, llegó como el simoun arrastrándolo todo entre sus impetuosas corrientes.

Tan doloroso acontecimiento que sembró el luto y la desolación en aquel hogar venerable, hizo cambiar por completo el proyecto de nuestros jóvenes.

Enrique no podía separarse de aquella casa, donde después de Don Ricardo, era el único conocedor de cuantos asuntos se relacionaban con sus negocios; y por otra parte, la inmensa deuda de gratitud contraída con aquella familia, le obligaba á permanecer allí, como el apoyo único con que en lo sucesivo debían contar.

La inhumación del cadáver de Don Ricardo, estuvo á la altura de la posición que ocupaba y de las innumerables simpatías que su noble y correcto proceder le conquistara. Media población llevó luto por tan irreparable pérdida, y Carlos y Enrique, al abrazar por última vez el cadáver de aquel hombre venerable, derramando lágrimas de verdadero dolor, le despidieron dándole el dulce título de padre...

Dos ó tres meses más tarde, Carlos se despidió de la incon-

solable familia Estrada y de su amigo Enrique, con las instrucciones de éste, para regresar á Venezuela á practicar las diligencias conducentes á la verificación de su enlace con Rosa, mediante un poder judicial. En tanto Enrique quedaba en la Isla, cumpliendo con los sagrados deberes que allí le retenían, y ordenando lo demás que juzgaba necesario para realizar por fin los dorados sueños de su enamorado corazón.

La familia de Don Felipe continuaba en el puerto, y ya impuesta de los fatales acontecimientos, hicieron suya aquella pena vistiéndose de riguroso luto. Carlos lloró mucho en brazos de sus padres la pérdida de su protector, del hombre á quien debía su regeneración y su fortuna; y después de haberles referido los pormenores de tan inesperada desgracia, lamentándola en cuanto se me-

recía, ellos resolvieron abandonar el puerto y trasladarse á su casita de campo.



XVI

Diciembre se despedía dejando siempre el grato recuerdo de su límpido cielo azul; sus brisas refrescadoras, su ambiente saturado de esencias y las tradicionales fiestas de sus días clásicos, en que la Iglesia celebra entusiasmada el advenimiento del Divino Jesús. Hasta en los hogares más humildes se ostentaba un portalito del Dios niño, en brazos de otra imagen no menos reverenciada. La de la Inmaculada Virgen María, consuelo y amparo de los míseros mortales. Cada

cual en aquel año se había esmerado en solemnizar el culto de nuestra dulce y querida Religión Católica, y por todas partes, y en todos los semblantes se traslucía la felicidad de aquellos que se contentan con disfrutar de las sencillas alegrías de n u e s t r o s pequeños pueblos.

Por esta época deliciosa llegó la interesante familia de Don Felipe á su propio domicilio. La tranquilidad y el contento volvió á reinar en aquellos corazones generosos, y desde luego, Carlos se ocupó asiduamente en formalizar el asunto en que debía representar á Enrique. La deliciosa primavera vino aquel año á sorprender á la inocente Rosa en sus preparativos de viaje. El matrimonio civil se llevó á efecto cómoda y sencillamente, y solo esperaban órdenes terminantes de Enrique para marcharse á Cuba.



XVII

Don Arturo supo con verdadero disgusto, que sus gestiones para vengarse del inofensivo Enrique, no habían tenido el éxito que él se había propuesto; y achacoso como estaba, no podía ni atender á sus negocios, viéndose cada día más y más castigado por su soberbia y su vanidad. Muchas veces intentó escribirle á su sobrino y exijirle que escusase su violento proceder, y otras tantas se arrepentía, no encontrando cabida en su pecho más que el injusto rencor que le dominaba y le

vencía siempre, haciéndole cada vez más desgraciado. El noble Carlos, aun cuando había jurado vengar á su amigo, jamás quiso ocuparse de Don Arturo, dejando al tiempo y á la justicia de Dios, el castigo por aquel merecido.

Por fin llegó el anhelado día en que debía verificarse el viaje. Don Eugenio de la Rosche, que era ya amigo muy distinguido de Don Felipe y su familia, fué en compañía de Doña Irene, testigo del silencioso acto civil; por esto y por mil títulos más, fué invitado para pasar en Cuba, al lado de los jóvenes desposados, la deliciosa temporada de la luna de miel.

Enrique por su buena conducta y gran contracción y talento en el manejo de los negocios de Don Ricardo, se había conquistado un caudal de simpatías y no poco dinero, con

lo cual tenía formado un porvenir tal como lo había ofrecido á Rosa. La familia fué recibida en la casa del finado Señor Estrada, con el lujo y la etiqueta debidas á tan distinguidos huéspedes, y Enrique loco de alegría, tenía todo dispuesto para celebrar las nupcias, que tuvieron efecto ocho días después de haber llegado Rosa á la encantadora Isla. Luego que todo hubo terminado, la familia se trasladó á la hermosa posesión de Enrique, situada á inmediaciones de la ciudad, y denominada «Mi Paraíso» regalo de boda con que el enamorado Enrique quiso sorprender á su joven compañera.

Mis lectores pueden imaginarse cómo se deslizaba allí la existencia de dos seres unidos con el estrecho lazo del afecto más puro, y como hasta las inocentes palomas de los bos-

ques envidiarían la felicidad de aquellas tiernas almas que, soñadoras, viajaban juntas por el país de los más tiernos ensueños.

—¡Oh Rosa de mi alma! decía Enrique acariciándole sus blancas y delicadas manos, he aquí cumplida mi PROMESA. ¡Qué feliz soy! ¡Como me embriaga y me subyuga la luz de tus ojos, y como me domina y me enloquece tu acento apasionado y tierno! ¡Qué dicha tan grande es, Rosa, amar y ser igualmente amado.

Este lenguaje era empleado recíprocamente á todas horas entre aquellos dos seres formados para dar ejemplos de abnegación y constancia. ¡Felices los que así saben amar! Un corazón que no ama no puede comprender la vida; ni puede comprender los encantos de la naturaleza y lo sublime del alma; porque el amor es el

único sentimiento capaz de llevarnos en las misteriosas alas del idealismo, hasta ese centro, foco de luz, de donde nos han venido los hermosos reflejos que iluminan nuestra oscura existencia, haciéndonos pensar en lo grande y excelso de las misericordias de Dios. No saber amar, es generalmente no ser bueno: porque el amor corrije las malas pasiones y dirije los latidos del corazón encaminándolos al bien. El amor hace mártires y héroes, y sin él, quedaríamos reducidos á la triste condición, no de irracionales, porque ellos tienen sus mudas pero elocuentes manifestaciones de amor puro, y aman sin exijir la remuneración de su cariño y de sus sacrificios; quedaríamos convertidos en estatuas de piedras, que es el símbolo de los seres que viven sin el amor y niegan sus bondades: bondades que se

extienden á todo cuanto nos rodea sobre la tierra. ¡Desgraciados de aquellos que cierran las puertas de su corazón al sentimiento del amor! Para ellos no se ha formado ese sol que asoma en el Oriente todas las mañanas del mundo, y que viene á decirnos que nos ama prestándonos su calor vivificante y dándole vida á todo aquello de que vivimos nosotros en la creación. Para ellos no se ha hecho esa hermosa luna que viene á deleitarnos con sus pálidos resplandores y á refrescar nuestro cerebro despertándonos siempre á la plácida alegría de los sueños juveniles. Ellos no ven en cada uno de esos puntos luminosos que tachonan el firmamento, la hermosa poesía con que Dios en su infinito amor quiso rodear al hombre, para que también lleno de amor, le amase y contemplase en su obra. Protestar del amor es

el absurdo de los absurdos porque nuestra naturaleza está organizada exclusivamente para sentir el amor, que si algunos hace desgraciados, no es porque esa sea la misión que está llamado á desempeñar en el corazón de los mortales, sino porque el hombre imperfecto y limitado, no sabe siempre dirijir sus impresiones, y busca en el laberinto de sus caprichosas pasiones, nó la flor fresca y perfumada del jardin de los tranquilos afectos, sino los abrojos punzadores de insensatos ideales. No se puede ni se debe prescindir del amor, porque él es como el hilo eléctrico que nos comunica con la región de las eternas claridades. Amemos siempre, sin el amor no conoceremos nunca á Dios.

Así sentía y pensaba aquella interesante pareja que hacía cada día más, las delicias de un hogar intachable. Por la

noche se reunía aquella familia con sus amigos de confianza, y cada cual se esmeraba en contribuir á la animación. Unos cantaban acompañándose con el piano, otros referían algunas aventuras ó leyendas históricas, y los demás, jugaban y reían. En una de aquellas reuniones familiares en que reinaba siempre el contento y la mayor armonía, Don Eugenio, que jamás había hablado de su procedencia, ni de su país, ofreció referir su historia, quizás por la primera vez desde que se encontraba en nuestra América. Todos manifestaron el más vivo interés en conocer el pasado de aquel hombre abnegado, y él dio principio en estos términos:

—Soy español, aunque de origen francés, porque mis padres, cuyas inclinaciones yo he heredado, gustaban mucho de viajar. Después que ellos hu-

bieron andado casi toda la Francia, la Inglaterra y gran parte de la Italia, resolvieron visitar á España. Tan luego como habían conocido á Madrid, y las mayores poblaciones del reino, una cruel dolencia obligó á mi padre á fijar su residencia en Aragón, donde le sorprendió la muerte un par de meses después de mi nacimiento, que ocurrió á pocos días de instalados en aquella hermosa porción de Espeña. Mi madre, según pude averiguar más tarde, era una mujer timorata, y su viudez la sumió en tanta tristeza y aflicción, que jamás volviose á ver en diversiones. Sus salidas de casa solo se concretaban al templo y al cementerio á llorar sobre la tumba de su esposo. Yo solía acompañarla en sus paseos matutinos, y aunque muy niño, recuerdo que ella me hacía arrodillar y me enseñaba una

oración para que la dijese por el alma de mi padre. Aquella vida en extremo monótona no estaba de acuerdo con mis aspiraciones. Yo iba siendo ya grande, y mi madre resolvió entregarme al Rector de un calegio para que recibiese allí una educación adecuada á sus recursos. Los jueves y los domingos se me permitía visitar á mi madre, y un día que como de costumbre fuí á verla, la encontré enferma y muy triste.

—Hijo mío, me dijo con los ojos llenos de lágrimas, agradezco mucho tu venida, porque todavía me queda tiempo para hablarte de cosas que, si hoy no llaman tu atención, llegará el día en que tendrás que ocuparte de ellas con verdadero interés.

—Pero madre mía, le repliqué, me habla usted como si estuviese en los últimos momentos de su vida. ¿Por qué

se aflije así? Yo creo que su dolencia es pasajera, y que no me dejará usted tan pronto.

—¡Ay mi hijo! Bien quisiera no abandonarte, pues eres aún muy niño; pero la vida, hijo, no nos pertenece, y comprendo que la mía cumple el plazo que Dios le ha concedido. Ten fuerzas para desprenderte de tu madre, é infúndeme valor para dejarte.

Aquellas terribles palabras oprimieron mi corazón y arrancaron muchas lágrimas á mis ojos. Sinembargo, logré serenarme y oir á mi madre que se expresó en estos términos:

—Tu padre era viudo cuando se casó conmigo, y por cierto con bastante disgusto de un hijo que tuvo en su anterior esposa. A tal extremo llegó su aversión, que juró vengarse de mí y de los hijos que yo tuviese. Con este motivo que tenía á tu padre en constante

zozobra, resolvimos salir y abandonar para siempre á Francia. Tu padre era bastante acomodado, propietario de varias fincas que aun existen en Marsella, en donde habia nacido mi pobre esposo. Como su hijo era ya hombre, tu padre se las entregó con la condición de que en el caso de tener otros hijos, habían de partir bienes; pero aquella inhumana criatura volvió á jurar que los hijos de la segunda esposa de su padre, debían morir á sus manos, y mi esposo, á repetidas instancias mías para que se lo dejase todo, resolvió reunir una suficiente cantidad en dinero efectivo y salir en viaje conmigo. Por estas causas llegamos hasta aquí, donde has visto la luz primera, y á no haber ocurrido la muerte de él, quizás estaríamos en Africa ó América; porque te confieso que deseaba vivir en un apar-

tado rincón del mundo, antes que exponerte á los furores de una venganza demasiado injusta.

Mi pobre madre lloraba refiriéndome aquellos sucesos que hasta entonces yo había ignorado.

—Hijo mío, me dijo.—Yo quiero que me jures por la memoria de tu padre, que, si cuando seas hombre intentas viajar, y quieres conocer á Francia, jamás te presentes á tu hermano, ni mucho menos quieras nada de lo que él se ha usurpado. Yo tengo una renta anual de ocho mil francos con lo cual creo que podrás vivir; y tengo además, un hermano soltero y rico, cuyo único heredero eres tú. Tengo para él una carta, la que conservarás cuidadosamente, y cuando estés en aptitud de gobernarte, y ya fuera de la dirección escolar,

irás entonces á ponerte bajo su protección.

Mi hermano vive en París, en donde yo nací, y en donde me casé con tu padre. La carta lleva exactamente la dirección que necesitas para encontrar á tu tío, y yo quiero que vivas siempre á su lado, porque no dudo que él te servirá de padre y en su casa encontrarás un seguro apoyo.

Yo le ofrecí á mi madre cumplir extrictamente con todos sus deseos; y despidiéndome de ella me fuí muy triste al colegio. Al siguiente día pedí permiso al Señor Rector para ir á ver á mi madre enferma, y me fué concedido todo el tiempo que necesitase consagrar á sus cuidados. Volando salí para mi casa, donde encontré á mi pobre madre postrada. La tisis la devoraba, y aunque la debilidad no le permitía hablar mucho, ella extréchaba mis

manos y me miraba con ojos tan amorosos y tristes, que ni los años han podido borrar de mis recuerdos su dulce imagen, que llevo y llevaré como fotografiada en mi alma. Treinta días después espiró en mis brazos bendiciéndome, y al quedar inhumado su cadaver, loco de dolor, entregué la casa, despedí el servicio haciéndole donación de los muebles, y yo recojí varios objetos llevándomelos al Colegio, y tan sagradas reliquias viajan conmigo.

El Señor Rector me destinó una pieza separada de mis condiscípulos, y me trató con las mayores consideraciones. En lo sucesivo no tenía yo á quien salir á visitar, exceptuando el cementerio, donde durante siete años fuí á buscar recuerdos y tristezas á la tumba de mi inolvidable madre. Cuando cumplí los veinte y un años, le participé al Señor Rector y á

mis condiscípulos, mi propósito de viajar, y aunque encontré no poca oposición en todas aquellas personas con quienes me unía un lazo estrecho de amistad, pude al fin conseguir quedasen conformes con mis resoluciones. Consagré á los despojos de mi madre, mi única visita de despedida, y con el alma hecha pedazos, salí de mi patria donde durante siete años había vivido sin encontrar conformidad ni consuelo.

Por fin ví realizados mis sueños de niño. Cuando advertí, estaba navegando con rumbo á Francia, y mis deseos por conocer la patria de mis padres me hacían olvidar de los peligros é incomodidades á que yo no estaba acostumbrado. Después de algunos contratiempos llegamos por fin á la celebrada nación del viejo mundo, y como antes de salir me había provisto de un guia de reciente edi-

ción pude orientarme perfectamente en la populosa ciudad de Paris. Mi juventud y poca experiencia me condujeron á muchos peligros en aquel foco de placeres; pero los sanos consejos de mi madre rasonaban con verdadero imperio en mi corazón, y no pocas veces, obedeciendo á aquel poderoso impulso, me liberté de caer en los abismos que contínuamente veía abiertos á mi paso. Me propuse por último, cansado de todo, solicitar á mi tío y entregarle la carta de mi madre. Encontré sin tropiezos su paradero por las direcciones que llevaba el sobre-escrito, y al presentarme á mi tío, sentía verdadera satisfacción al cumplir con la última voluntad de mi malograda madre, y conocer un hermano suyo. Mi buen tío, hombre entrado en bastantes años, me recibió como yo lo esperaba; lloró conmigo el triste fin de

su única hermana, y me hizo referirle cuantos pormenores se relacionaban con sũ vida y su prematura muerte. Allí encontré la existencia tal como mi madre me la había augurado, y como mi tío no había querido renunciar al celibato, un ama de llaves y un criado fiel eran los únicos compañeros de aquel hombre. que amaba por carácter la soledad y el silencio.

Mi tío me facilitó los medios de ingresar en la Universidad para terminar mis estudios en la carrera del foro, y tres años después recibí el grado de Doctor en ciencias políticas. Jamás he tenido que hacer uso de mi profesión, porque mi tío era bastantemente rico y al morir, me dejo cuanto poseía. Cuando me ví dueño absoluto de un gran capital y de mi libertad, mi primer pensamiento fué viajar; pero como ya había

principiado á frecuentar la sociedad, una noche que reunido con algunos amigos nos fuimos al coliseo, estos me presentaron á una distinguida familia, y quedé preso en las redes del amor, por una encantadora joven de nombre Celina, cuyo candor y modestia me sedujeron. Yo tenía veinte y cinco años cumplidos, y el amor había respetado ya mucho tiempo las cerradas puertas de mi corazón. Cuando comprendí que había encontrado quien tuviese las llaves que debían abrirlas, la alegría se apoderó de mi alma, y de la noche á la mañana me sentí otro hombre. Ya no era aquel sér excéntrico, mustio, sino expansivo y feliz.

Mis amigos conocieron la metamorfosis que se había verificado en mí, y trataron de sacar provecho de ella. Jamás estaba solo. Los amigos me perseguían como enjambres de

avejas, y yo que era incauto y estaba enamorado, no me daba cuenta de nada. Seguí frecuentando los teatros y paseos, y donde quiera que encontraba á Celina, no desperdiciaba ocasión de manifestarle, aunque de una manera tímida, la pasión que me devoraba. Celina hacía como que no comprendía mis mudas manifestaciones de cariño, y yo me apartaba siempre de ella formando el propósito de decirle lo que sentía en la próxima vez que nos viéramos. Así iba pasando el tiempo, y yo estaba cada vez más enamorado, como también cada vez más cobarde para decírselo. Por fin una noche me encontré con Celina en un baile, y el bullicio me dió ánimo para acercarme á ella y manifestarle el vivo deseo que tenía de hablarle. Mi joven amiga no opuso resistencia, y yo principié por balbucear algunas

frases incoherentes; pero á medida que iba sobreponiéndome á aquella timidez, ganaba terreno en mis inspiraciones, expresando con calor mis sentimientos.

Celina se mostró amable y esto me esperanzó, y ofrecí visitarla. Después de mi primera tentativa, ya no tenía porqué guardar más silencio, y donde quiera que la encontraba yo era su amigo favorito.

Mis compañeros principiaron á darme bromas, y yo les confesé que amaba á Celina, y deseaba hacerla mi esposa.

Yo no estaba seguro de la correspondencia; pero los modales de Celina y su dulce carácter alimentaban mis esperanzas para formarle el amor que yo ambicionaba. Tuve al fin la osadía de abrirle de par en par las puertas de mi corazón y ella me confesó que yo no le era indiferente; pero que

sus padres se opondrían á mi petición ignorando mi procedencia. Yo le ofrecí cuantos datos necesitaran para que se me conociese, y ella prometió tratar de aquel asunto con su madre.

En otra ocasión, hallándome en un restaurant, y al rededor de una mesita conversabamos alegremente varios amigos. En otra mesa contigua habían otras personas y oí nombrar á Lorenzo de la Rosche. Aquel nombre llamó mi atención, y desde ese momento me fijé mucho en la persona que lo llevaba. Aquel era sin duda mi hermano; el que había jurado vengarse de mí, antes de mi nacimiento.

Lorenzo de la Rosche era un hombre elegante; pero su fisonomía demostraba un carácter intransigente y déspota. Parecióme que él trataba de reconocernos á todos, y no sé si por

entonces fué un capricho; pero creí que se fijaba en mí, y que advertía que yo le examinaba. Como en aquel lugar nos reuníamos con frecuencia, tuve ocasión de verle muchas veces, y con la misma insistencia notaba yo, que él me miraba. Una noche que nos habíamos retirado temprano del teatro, por no ser de nuestro agrado la representación, nos fuimos como de costumbre á aquel lugar de reunión, y allí estaba Lorenzo, que me perseguía demasiado con la mirada, hasta que, no pudiendo contenerse, se acercó á mí y me preguntó mi nombre. Le dije llanamente que me llamaba Eugenio de la Rosche, y que estaba para servirle.

—Lo adivinaba, me dijo en el colmo de la cólera.—Y si has venido á arrebatarme lo que es mío; lo que me dejó mi padre, he aquí lo que te espera; y sin

darme tiempo, puso su puño en mi rostro.

Yo salté hacia atrás como mordido por un lobo, é inmediatamente saqué un pequeño revolver, recuerdo de mi padre, y le disparé un tiro. Fué tal la violencia con que sucedió todo esto, que los expectadores no se daban cuenta de como había ocurrido, sin disgusto y sin palabras. Mi hermano cayó al suelo mal herido, y yo me dí preso. A los tres días se me tomaron declaraciones y yo confesé únicamente lo que mi madre moribunda me había confiado, siendo así, que jamás había pensado en atentar contra la vida de mi hermano, ni contra sus intereses, en los cuales tenía igual parte.

Lorenzo comprendió que su herida era mortal, y trató de arrepentirse. Exijió que se me pusiera en libertad como inocente, y que me dignara com-

parecer á su presencia. Los jueces, apoyados en otras declaraciones y conociendo la urgencia del caso, me notificaron aquella determinación, y yo salí tranquilamente para casa de mi hermano. Lo encontré en efecto bastante grave, y haciendo un supremo esfuerzo me dijo :

—Eugenio, tal vez ignoras que soy tu hermano, y que antiguos rencores de familia me determinaron á provocarte un duelo. Mas, ya que me toca sucumbir, quiero que sepas esto, y me perdones. Te dejo todo lo que poseo, pero con especial encargo de protejer á mi sobrinita Celina.

—Celina? contesté;—y quién es esa...?

—Celina Franche, hija de una hermana mía.

—Oh! desgracia, dije, y me cubrí la cara con las manos!

Cuando volví á mirar á Lorenzo, estaba en la agonía. Las personas que rodeaban su lecho se encargaron de ayudarle á bien morir, y yo salí loco, desesperado para la calle. Había matado al tío y protector de mi amada Celina, y por lo tanto, un abismo quedaba abierto entre los dos.

Cuando llegué á mi casa ardía en fiebre; pero antes de irme al lecho quise ver la correspondencia que diariamente dejaba el cartero, y que yo hacía cinco dias que no recibía á consecuencia de mi prisión. Avido me lancé al escritorio, y la primera carta que abrí fué una fina esquelita perfumada y firmada por Celina. La sorpresa empañó mis ojos y no me permitía leer como yo deseaba aquellos finos caracteres. Luego que recobré mis fuerzas y logré serenarme, ví por fin realizados mis sueños de felicidad,

allí donde principiaba mi desesperación y mi desgracia.

Celina me decía en su carta, que habia consultado con su buena madre respecto de mis aspiraciones, y que estaba dispuesta á acceder gustosa á mis súplicas, siempre que comprobara que era una persona digna de su mano. Me decía que me amaba con el puro amor de los ángeles, y que confiaba en mi palabra de caballero y en las protestas de amor que le habia hecho. Que ese dia salía para Marsella á visitar una hermosa posesión de su tio; que dentro de quince dias estaría de regreso; que no la olvidase, y.... en fin, muchas cosas más que al evocarlas lastiman cruelmente la incurable herida de mi desgraciado corazón.

Don Eugenio estaba verdaderamente conmovido en su relato, y sus oyentes bastante

interesados en aquella triste historia.

— Aquella carta, amigos míos, me sumió en la más grande desesperación. Celina iba á regresar llena de amor y de ilusiones, y yo no podia esperar sino que aquel santo amor se convirtiese para mí en un odio implacable, y en el más terrible desprecio. Enfermo del cuerpo y del alma, me encerré en mi habitación por más de dos meses. No quería saber de nada, y á cada instante me parecía que llegaba una carta de mi Celina, arrojándome al rostro una falta que sin haber dependido de mi voluntad, me hacía, empero, tan desgraciado. Por fin pasaban dias y más dias, y nada sabía, ni nada trataba de averiguar. Algunos de mis amigos, se llegaron á mi casa á felicitarme por haber salido felizmente de aquel lance desgraciado; pero todas estas

muestras de amistoso cariño me eran en extremo pesadas, pareciéndome que si yo hubiese sido el muerto, me habría cabido mejor suerte que la de tener que prescindir del amor de Celina, siendo esto lo mismo ó peor que morir.

Un dia me resolví á preguntar por mi amada. Ya no podía sufrir por más tiempo el deseo de saber algo, y me atreví á escribirle un billetito y que un amigo me ofreció poner en sus manos.

Celina de mi alma, le decía. Soy un desgraciado que desea morir, pero no culpable. Perdóname y no aborrezcas á este infeliz que la fatalidad fuerza á huir de tí, cuando te ama más que nunca!

Mi amigo cumplió exactamente su comisión, y por la noche fué á llevarme la nunca bien lamentada noticia de que Celina se moría.

La pobre niña se encontró á su regreso con la doble desgracia de la muerte de su querido tio, de su segundo padre, y de haber sido yo el victimario; y que por toda reparación huía de ella para siempre.

¡Ay de mí! Desde aquel momento no tuve un segundo de reposo, y resolví escribir á la madre de Celina, refiriéndole minuciosamente lo que yo sabía de mi nacimiento, y las circunstancias que me habían llevado á Francia, mi intenso amor por Celina, y la irremediable desventura en que me sumía mi inculpable conducta. Le dije que, aun cuando la mitad de los bienes de mi hermano me pertenecían, jamás habia aspirado á ellos, y que dejaba á Celina heredera de cuanto á mí me correspondía.

Mi carta fué contestada en seguida. Aquella buena señora disculpaba mi falta; pero me

aconsejaba que renunciase para siempre al amor de su hija. Celina vió claro que nuestra unión era imposible, y mis amigos me participaron que cada dia era mayor su aflicción y sus crueles padecimientos. Yo también me sentia morir sin poder salvar tan horrendo abismo, y la atonía se apoderó de mi corazón á tal extremo, que un dia fué un amigo á consolarme y á darme el pésame por la muerte de mi amada y nunca olvidada Celina, y tuve, cansado de sufrir, el necesario valor para ver pasar su féretro.

Desde aquel dia, todo se acabó para mí, y al siguiente, salí á viajar como un autómata. Conocí casi toda la Francia, la Italia, la Inglaterra y la Oceanía, y por último, hace diez años que resolví venir á la América, cuyo agradable clima me ha encantado, siendo el único consuelo de mi edad é infor-

tunios, hacer el bien á mis semejantes, y, como un nuevo Chactas, vivir para llorar el fin de su desventurada Atala.

Cuando Don Eugenio terminó su narración, todos los ojos estaban llenos de lágrimas. Aquel noble señor, era cada dia más respetado y querido entre aquella familia, y jamás consintieron en que los abandonase.

XVII

Un año después, el interesante Carlos se comprometió con la bella Margarita Estrada, hija única de Don Ricardo, y á quien Carlos habia visto nacer prodigándole los cuidados y caricias de un hermano. Aquellas dos familias quedaron con el matrimonio de Carlos y Margarita, en unión tan íntima, que ya nada podia separarlas, y pocos años después gustaba ver aquellos cuatro jóvenes esposos, jugando alegremente con sus lindos muchachitos que corrían y reían, tirando de la cola al perrito LULÚ.

EPÍLOGO

Enrique recibió una larga carta de su tio, en la cual le participaba, que hallándose bastante enfermo y próximo á bajar á la tumba, le suplicaba perdonase sus injusticias é innoble proceder, y que en prueba de su sincero arrepentimiento, le exijía hiciese un viaje á Venezuela para que recojiese lo poco que le habían dejado las guerras civiles, y los malos negocios.

El noble Enrique contestó seguidamente que con todo su corazón le tenía perdonados sus lamentables errores, y que respecto á los bienes que él deseaba dejarle, le exijía hiciese donación de ellos á los hospitales é

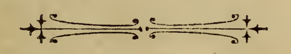
institutos de beneficencia en Venezuela, que bien sabrían agradecer tan laudable obra de caridad; y que no viese en su negativa el sentimiento de un necio orgullo, sino la sana intención de hacer el bien en su patria, ya que Dios le habia protejido á él lejos de ella.

Don Arturo derramó lágrimas, quizas por la primera vez en su vida, con la carta de su sobrino, comprendiendo cuánto valía aquel joven, y cuán indigno había sido él de llamarse su TIO. Don Arturo cumplió los nobles deseos de Enrique, y seis meses después, con los más crueles achaques, espiró, sin tener quien por él derramase una lágrima ni elevase al cielo una oración, siquiera por gratitud.

FIN



LIRA ARAGÜEÑA

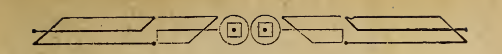


POESIAS

DE

TRINIDAD BENÍTEZ LÓPEZ





MIS PENSAMIENTOS

A MI MADRE

—

Luz derrama el firmamento;
la nube vierte rocío;
la flor exhala su aliento;
brota el alma sentimiento,
y es altar el seno mío.

De la vida en el santuario,
hay perfumes y oraciones:
el hogar tiene un sagrario,
donde el pecho es incensario
de castas adoraciones.

Religión de los deberes
el amor inspira canto;
y sabemos las mujeres,
en el cáliz de los seres,
ofrendar gotas de llanto.

En el templo de mis lares
está el ídolo que adoro;
y le ofrendo en mis cantares
la expresión de mis pesares
y las lágrimas que lloro.

Una madre, acá en el suelo,
es promesa de ventura :
virgen bajada del cielo,
que en sonrisas de consuelo
dulcifica la amargura.

Yo tengo una providencia
que embellece mis albores :
lucero de mi existencia,
que me infunde con su esencia
toda el alma de las flores.

Ella mi espíritu alienta,
ilumina mi memoria,
mi corazón alimenta
y en mis delirios se ostenta
como un ángel de la gloria.

Por eso "Mis Pensamientos"
le consagro embelesada :
vayan, pues, hoy mis acentos
en alas de raudos vientos
á mi mansión adorada.





LA PRIMAVERA

—

El sol por oriente asoma
envuelto en áureo celaje,
suelta el árbol su ropaje
de amarillento color;
la tierra se poetiza
al vestirse de verdura:
hay por doquiera frescura,
luz, y fragancia y amor.

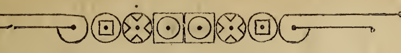
Forman las aves concierto
de alabanza al nuevo día,
el orbe es filarmonía
todo belleza y candor;
el cefirillo doliente
su tierna queja murmura;
la fuente resbala pura,
sobre césped brillador.

Primavera bendecida,
tú que los campos floreces,
y al espíritu le ofreces
elevada inspiración;
¿por qué rápida te alejas
con tus brillantes auroras,
con tus tardes seductoras,
con tus noches de ilusión?

¿ Por qué así en amargo duelo
dejas el alma sumida,
á los árboles sin vida
á las fuentes sin rumor ;
cubierto de espesa sombra
el azul puro del cielo,
llanto y tristeza en el suelo,
luto y acerbo dolor ?

Ah ! porque todo es precario
en la frágil existencia,
y la dicha, no es la herencia
del humano corazón :
polvo, nada ; eso es la vida ;
humo que disipa el viento,
una sonrisa, un acento....
de la hermosa creación !





EL HOGAR

El hogar es como templo
donde el alma se recrea,
donde se inflama la idea
al fuego del corazón.
El hogar la paz encierra,
dicha sin nombre atesora;
en él, todo lo colora,
el iris de la ilusión.

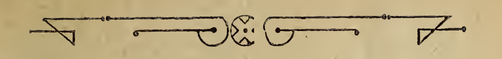
¡Desgraciado del que vive
lejos del hogar bendito,
errante, solo, proscrito,
en la mundana región;
desgraciado del que ignora
las maternales caricias,
las que forman las delicias
que embriagan el corazón!

Nada es tan grato en la vida
como esa dulce cadena,
que forma la madre buena
con los hijos de su amor;
cada eslabón es su dicha,
su consuelo, su esperanza,

y su estrella en lontananza
de admirable resplandor.

¡ Reverenciemos amantes
el hogar de los amores,
donde las tempranas flores
esparcen su suave olor .
bendigamos á la madre :
el ángel que sufre y llora,
por aliviar nuestra hora
de amargura y de dolor !





EL PRISIONERO

(VOZ MISTERIOSA)

Canta prisionero, canta
tu perdida libertad ;
tu pensamiento levanta . . .
prisionero, canta, canta
tu perdida libertad . . .

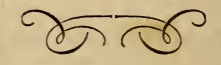
(PRISIONERO)

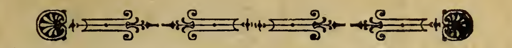
Yo cantar ? Me duele el alma,
y me duele el corazón ;
estos muros y cadenas,
estas lágrimas que apenas
pueden mis ojos brotar,
son, ¡ oh genio misterioso
que me obligais á cantar,
la nota más elocuente
que puede el labio exhalar !

(VOZ MISTERIOSA)

Muy bien, prisionero, creo,
que triste y duro es cantar
cuando herido el pecho siente

un desgraciado mortal;
mas, no olvides mis palabras,
antes que te vea llorar
acobardado en tus penas
esa humanidad glacial...
prisionero, canta, canta,
tu perdida libertad.





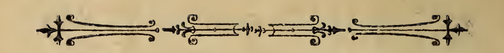
A LA LUNA

—

Reina hermosa de la noche,
cuyo reflejo hechicero
va esparciendo lisonjero
su divina claridad,
eres flor de casto broche,
y en el azul firmamento,
derramas un grato aliento
que anima la humanidad.

A tus fúlgidos destellos
se ilumina la memoria,
y hay esperanzas de gloria
en mi vida de ilusión;
que los delirios más bellos
de la existencia entre flores,
brillan siempre á los fulgores
del astro del corazón.

Tímida virgen del cielo,
ceñida de luz radiante,
que vas por senda brillante
vertiendo llanto de amor;
infunde santo consuelo
al espíritu que gime,
que en un éxtasis sublime
te saludo con fervor-



EL CAMPO

Á MI PRIMA P. H.

—

Las almas que rinden culto
á la dulce poesía,
hallan secreta alegría
del campo en la soledad:
es allí más puro el aire,
la fuente es más rumorosa,
más gentil la fresca rosa;
y hay más luz y suavidad.

Las lindas aves al viento
regalan sus melodías,
inmutables armonías
formó allí la creación;
y el espíritu en su anhelo
de consuelo permanente,
en el campo halla la fuente
de incesante inspiración.

¡Dichosos los que en el campo
ven deslizarse los años
lejos de tantos engaños,
de tanta lucha y maldad;
ignorados, é ignorantes
de promesas ilusorias,
y de tantas vanas glorias
que agitan la humanidad!



SONETO

PARA EL ALBUM DE UNA AMIGA.

Como una flor, quisiera dedicarte
un pensamiento bello y perfumado,
pero mi corazón despedazado
solo marchitas fiores ha de darte.

Ayer te conocí . . . hoy quiero hablarte
mostrándote mi pecho lacerado,
porque en tu puro corazón he hallado
los dones con que Dios, quiso adornarte.

Ya que has llegado á mí como una estrella
de claros y divinos resplandores ;
acéptame gustosa una querella ;

Acoje, dulce niña, mis dolores,
tú, que tan bondadosa como bella,
te alimentas de luz, vives de amores.

A CARACAS

¡Salve, ciudad gentil, gala del Guaire,
emperatriz de la más bella zona,
que ciñes por espléndida corona
un cendal estrellado de rubí;
el aliento balsámico del aire
que perfuma tus mágicas estancias,
se respiran edénicas fragancias
y vuela el corazón en pos de tí!

En tus horas de angélica armonía
el espíritu siente la dulzura,
del huerto celestial de la ventura
donde cautiva la esperanza el ser:
y embriagada de dulce poesía
y sedienta de nuevas impresiones,
á mi cítara doy las vibraciones
que inspira el entusiasmo á la mujer.

Hija rústica soy de tristes campos
y admiro de mi patria la grandeza,
por eso al contemplar tanta belleza
te consagro mi tímida canción;
del astro de mi suerte lucen lampos
en esplendor de un porvenir de flores,
y en concierto genial de mis amores,
te tributo ferviente inspiración.



LA TARDE

Es la tarde: rubio el sol
moribundo en occidente,
inclina la regia frente
en su lecho de arrebol:

Es hora de poesía
para el alma soñadora,
se oye del ave canora
la más dulce melodía.

Cierran las flores su broche
con languidez reverente,
y el alma ruega ferviente
cuando se acerca la noche.

Para la mujer que aspira
á una vida deliciosa,
hay sueños color de rosa,
cuando el astro rey espira.

Nada en el mundo es tan bello
como la luz que declina...
en esta hora vespertina
es el corazón destello.



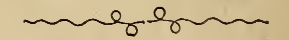
A ROSARIO

EN SUS BODAS.

—

Con los ojos del alma te comtemplo
coronada de lindos azahares,
ruborosa y postrada en los altares
trémula por la dicha y la emoción :
á tu lado un mancebo cariñoso,
sonriendo, con la frente levantada,
y su diestra en la tuya entrelazada
esperando la santa bendición.

¡ Que bella estás, Rosario, en la portada,
donde empieza de encantos y delicias,
la existencia de amor y de caricias
con que sueña constante el corazón :
¡ que bella estás ! El cielo te bendice,
todo en tu derredor es armonía,
te brinda el orbe luz, y poesía;
y mi lira una tierna vibración.



A UN POETA

La patria, madre amorosa,
en los triunfos de sus hijos ;
celebra con regocijos
una fiesta espiritual :
una fiesta deliciosa
de las letras y el talento,
para ornar el pensamiento
de un poeta nacional.

La velada literaria
en honor de un joven bardo,
palenque de héroe gallardo
en conquistas del saber ;
es sendero de esperanzas
por donde el genio camina,
es inspiración divina
que estimula á cada ser.

Hija de esta rica zona
donde la vida es contento,
música, flores, aliento
y religión la virtud ;
yo coloco en la corona
del cantor de Venezuela,
durable flor, que revela.
aplauso á la juventud.

EN EL CUMPLE AÑOS

DE MI MADRE

Oye, madre, los acentos
de mi pobre y tosca lira,
que hoy suspira,
lejos de alegre cantar :
porque ausente de tu lado
paso tu natal amado
que acostumbro á festejar.
En el hogar reünidos
todos tus hijos queridos
de inmensa dicha gozamos ;
y en un solo, estrecho abrazo,
unidos por santo lazo
á tu aurora saludamos.
Y allí, cariñosa y buena,
siempre con sonrisa llena
de dulcísimo contento,
correspondes, madre amada,
con una tierna mirada,
la ovación del sentimiento.
Más, ay ! ya que separada
tu natal me ha sorprendido,
y está herido,
por tu ausencia el corazón :
recibe, madre adorada,
de mi lira hoy enlutada
la quejumbrosa expresión.

A EMMA

—

De mi olvidada lira los acentos
hoy vuelven con ternura á resonar,
me inspira tu inocencia, tu pureza,
ángel de amor, que bella es cuando empieza
la vida entre caricias del hogar!

Yo te contemplo angélica criatura
en brazos de tus padres adormida
gozando sin igual felicidad;
oh! ¡ quién pudiera adivinar si unida
por la escabrosa senda de la vida,
tanta ventura seguirá á otra edad!

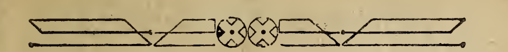
Un misterio tan grande nos envuelve,
que la razón se turba, se anonada,
si quiere en ese arcano penetrar:
¡ que oscura es de la vida la morada...!
solo de Dios la alumbra la mirada...
para el mortal la ciencia es ignorar.

Conformémonos, pues, con deseärte,
hoy que sonriendo estás en la inocencia
formando de tus padres el ideal;
que flores mil de embriagadora esencia,
encuentres por doquier en la existencia,
que adornen tu cabeza virginal.

Duérmete siempre así, tan dulce y pura,
entre acordes de música divina,
entre sonrisas de ángeles también :
y el astro que amoroso te ilumina
con su luz apacible y peregrina,
jamás se extinga para tí, mi bien.

Duérmete siempre así, te veo tan bella,
que eterno yo quisiera hacer el sueño
que te arrulla en la cuna del amor ;
quisiera hacer eterna tu alborada,
y eterna esa sonrisa, Emma adorada,
que tu labio dibuja con primor.





Á UNA POETISA YARACUYANA.

Como la viuda paloma
ama el desierto sombrío,
como la flor el aroma,
como la nube el rocío ;
así, niña, el alma mía,
ama la imagen divina,
de esa diosa peregrina
que se llama POESÍA.

Me dan las brisas aliento,
hallo espíritu en las flores ;
amo del ave el acento
de los astros sus fulgores :
y en gratas inspiraciones
bajo la luz de azul cielo,
me encantan las crëaciones
que el genio alcanza en su vuelo.

Yo sé que eres postisa,
que como alondra tu cantas,
que en amor, música y risa,
tu numen siempre levantas :
y por eso te venero,
y te consagro cantares,
pobre homenaje sincero
que te dirijo á tus lares.



A MI AMIGA CAROLINA

EN SUS NATALES

No pido inspiración al dios Apolo,
para contarte, amiga, en este día,
con tu fina amistad quiero tan solo
llenar mi corazón de poesía.

Sonriente y bella encuentro la natura
y horizontes de luz sin fin yo miro,
todo en mi derredor tiene frescura,
suave fragancia de la flor aspiro.

Extasiada me deja el dulce acento
de enamorada alondra en la espesura,
que inocente y feliz regala al viento
arpegios que festejan tu ventura.

Y doquiera dirijo la mirada
algo grandioso encuentro que admirar ;
ora de la mañana la alborada,
ó el beso de la tarde al espirar.

Recibe, pues, en tu natal mi ofrenda
blanca paloma de amoroso arrullo,
que un ángel en tu hogar sus alas tienda
y te regale el aura su murmullo.





Al Respetable Caballero M. López Baralt, en la sentida muerte de su hija Aura.

Tus *tristezas* ¡ Oh padre infortunado,
Justas tristezas son !
¿ Quién te dijera,
Que en oscura mansión aprisionado,
Destino cruel, terrible, despiadado,
Fuese á herirte en mitad del corazón ?

Y quién adivinar habría podido
Porvenir tan atroz ?
En este valle
De pesares, de lágrimas, de olvido,
¿ Qué dichoso mortal ha comprendido
La misteriosa voluntad de Dios ?

Llora padre infeliz! hijo es tu llanto
De incomparable amor !
Aura querida
Contempla desde el cielo tu quebranto,
Y uniendo al de los ángeles su canto,
Implora porque cese tu dolor.



En el álbum de mi amiga la Sta. Carmen Ponte I.

Por tí, bella Carmela, nereida seductora,
mi cítara de nuevo se vuelve á engalanar;
por tí, cuyas virtudes rendida el alma adora,
como la alondra adora la luz crepuscular.

Es esta pobre ofrenda, de oculta simpatía,,
flores que el sentimiento consagra á tu amistad;
guardadlas cuidadosa, querida amiga mía,
con el cariño tierno de tu genial bondad.

Mi tosca pluma en vano, se esfuerza en delinearte,
estéril es la musa que alienta el corazón;
perdona generosa, que tímida al cantarte,
la fuente de tus gracias me preste inspiración.

No tengo de Velarde, deleitador concento,
de Becquer la ternura, de Byron la armonía;
mas. ah! tengo á torrentes la voz del sentimiento
del sentimiento inmenso que alienta el alma mía.

Tu acento me parece, del ave enamorada,
que en arpegiosos cantos arrulla á su amador;
destellos de la aurora semeja tu mirada,
de lirios en capullos tu gracia y tu candor.

Quiera por siempre el cielo, virtuosa amiga mía,
tus múltiples encantos intactos conservar;
en el ocaso, Carmen, del sol de tu alegría,
sus refulgentes rayos jamás veas sepultar.



A LAURA

EN SU CUMPLE AÑOS.

Quiera el cielo benéfico este día,
de alegría,
tu espíritu llenar:
El aura te regale sus murmullos,
sus arrullos,
las aves al pasar.

La fuente que murmura en sus alcores,
y las flores,
su poesía te den;
El ángel misterioso de la calma,
hoy á tu alma,
le forme rico edén.

En tanto que yo elevo fervorosa,
silenciosa,
al cielo una oración,
Goza tú de ventura, de caricias,
y delicias,
Que implora para tí, mi corazón.



YAGUA

Dedicada a mi buena amiga
Francisca Hidalgo.

De Yagua bendecida,
encantan los primores;
se aspira de sus flores
aroma embriagador;
sus brisas son tranquilas,
sus aves trinadoras,
y tienen sus auroras
brillante resplandor.

Aquí en este retiro
de múltiples delicias,
me alientan las caricias
de tierna inspiración;
y siento que germina
la ya extinguida calma,
que mantenía mi alma,
tan solo en aflicción,

Los árboles me prestan
solaz y dulce abrigo,
rayos de un sol amigo
convídanme á cantar;

naturaleza toda,
expléndida y hermosa,
preséntame amorosa
bellezas que admirar.

¡ Feliz, si yo pudiera,
pulsar un plectro de oro,
y en concertado coro
cantar á la creación ;
para decir con notas,
arpégicas, sonoras,
cuán gratas son las horas
que goza el corazón !

Mas, ah ! si es que no puede
la pobre musa mia,
con rítmica armonía,
pintar tanta beldad :
acepta con mis trovas
la voz del sentimiento ;
mi humilde pensamiento ;
mi afecto y mi amistad.



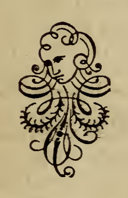
AUSENCIA

Al Señor A. C. con motivo de su composición que lleva el mismo título.

Quien tan triste se queja, penas siente
del alma en lo profundo :
Quien con tan dulces notas se lamenta,
no es sólo porque intenta,
Darle forma á un aislado pensamiento.
En sus trovas palpita el sentimiento
De terribles pesares comprimidos ;
sus versos son gemidos
De un corazón que sufre, y mucho llora,
y en silencio deplora,
Allá en la soledad de su conciencia,
Como se viene el tiempo hora tras hora,
Sin terminarse nunca el de la *ausencia.*

Ausencia . . .! ¡ Cuán amargas
Son esas ocho letras con que anuncias
tu imperio por el mundo!
tu llevas en el seno
La empozoñada hiel de los dolores . . .
tú, sembrando clamores,
Vas donde quiera que tu planta posa,
implacable y odiosa,
Lágrimas de dolor bebiendo á mares.
¿ Hay quién no haya sentido una ó mil veces
El yugo de tus crueles tiranías ?
tú gozas y confías
En el seguro triunfo de tus males,
Y sonriendo, derramas á raudales,
Toda tu iniquidad y alevosías.

Eres dueña del mundo! Nadie puede
Arrebatarte la imperial corona
Que en tus sienes ostentas atrevida:
Y con mirada altiva y desdeñosa,
Al mortal le señalas una fosa
Que es tu postrera obra en esta vida.



AQUEL SUSPIRO

Á M. L.

Solloza tu alma triste, abandonada,
tu pobre corazón suspiros vierte,
apurando la copa empozoñada
que te ofrece la mano de la suerte.

Ay ! si, de adversa suerte que se goza
en lastimar la herida que abrió airada ;
donde existió tu amor, fragante rosa,
una tumba cabó la fe burlada.

Ya nada basta á disipar la nube
que el cielo de tu dicha ha oscurecido,
ni la esperanza que tan alto sube,
y encuentra en Dios, asilo bendecido.

Me dicen tu sonrisa y tu mirada,
que es ya tu corazón nido vacío,
y que el recuerdo de la edad pasada
lo dejó para siempre árido y frío.

Y si un ave sencilla é inocente
sus trinos amorosa te regala,
tú permaneces sorda, indiferente,
y suspiros tan solo el pecho exhala.

Yo comprendo que vagas por el mundo
entre las sombras del dolor, perdida ;
por compañero : tu pesar profundo,
hastiada en absoluto de la vida.

Yo lo comprendo sí ; muy bien lo veo
en tu apagada voz . . . es que deliro ?
no, yo no estoy delirando lo que creo,
me lo dijo muy bien *aquel suspiro.*



LA MUJER

La mujer es la bujía
del festin universal.
un astro de poesía,
que en sonrisas de alegría
lanza fulgor celestial.

Esposa! Nonbre divino,
del hombre la inspiración;
refugio del peregrino,
que la encuentra en su camino,
cual fruto de bendición.

Madre! Melodiosa nota
de concierto halagador;
fuente que nunca se agota...
germen que del cielo brota
en el campo del amor!

~~~
~~~

ADIOS

CONTESTACIÓN Á UNA DESPEDIDA.

Entre mis manos y ante mis ojos
están tus versos. ¡ Qué bellos son !
en cada estrofa, de luz bañada,
miro tu alma fotografiada
cuando me dices : "amiga, adiós ! "

Son tus palabras tiernos rumores
de blanda y dulce brisa fugaz,
son las sentidas quejas süaves,
que por la tarde lanzan las aves
cuando se ausenta la claridad.

Yo también sufro, cuando me alejo,
del alma hermana que me comprende,
que me consuela, que me alimenta,
y que en su afecto sola se ostenta,
clara y hermosa como una estrella.

Mas, nunca esperes que tan ingrata
yo tu cariño pueda olvidar,
los dulces lazos que hemos formado
ya nuestras almas lo han estrechado
con mil protestas de la amistad.

Me voy, es cierto : dejo este cielo
sereno, hermoso, diáfano, azul ;
me espera en otro mi hogar querido,
donde yo tengo mi casto nido,
formado en árbol de santo amor.

Ya mucho tiempo lo he abandonado...
¡ Adios mi amiga, me voy, adios !
si yo aquí dejo tantas delicias,
allá me esperan gratas caricias
porque hoy solloza mi corazón.



Á MI BUENA AMIGA

ANTONIA MARIA

Después de tantos años
he vuelto á ver la amiga.
que cariñosa abriga
afecto halagador:
después de larga ausencia
la encuentro en mi camino.
cual ángel peregrino,
como astro en esplendor.

El tiempo no ha destruido
de su alma generosa,
que tierna y amorosa
recuerdo siempre el bien,
las perfumadas flores
que un día recojiera,
de la amisiad sincera,
para formar su edén.

Al verla á los fulgores
de una mañana hermosa,
de hinojos fervorosa
haciendo una oración;
sentí dentro del pecho
latir entusiasmado,
de gozo concentrado,
mi pobre corazón.

Mis brazos enlazaron
los suyos con ternura,
su amistad siempre pura
me brindaba otra vez ;
en tan feliz instante
voló mi pensamiento,
en alas del contento,
á la dulce niñez.

En esa edad risueña
de encanto y poesía,
la conocí en un día
de dicha en el hogar;
impresas en el alma
yo tengo sus caricias,
que forman las delicias,
del ser que sabe amar.

¡ Hoy brotan de mi lira
arpégicos cantares,
al pié de los altares,
que levanté á su amor ;
hoy torna el ángel bueno
á mi mansión querida,
cual palma bendecida,
como astro en esplendor !





EL MENDIGO

Trémulo, sin color, de hambre transido,
de puerta en puerta, la piedad implora :
la noche le sorprende entumecido ;
tiritando sorpréndele la aurora.

Un nuevo sol, sus miembros galvaniza,
y á Dios alzando los llorosos ojos ;
sacude los andrajos-¡ que horroriza
pensar que fueron de otro, los despojos !

Así el triste mendigo, noche y día,
sin fuerzas y rendido y sin aliento,
tiene siempre por cama, tierra fría,
por techo, la expansión del firmamento.

Apoyado en su báculo, camina
doblado al peso de mortal quebranto :
una estrella su senda no ilumina,
un consuelo jamás, seca su llanto.

Todos le ven con asco y con desprecio;
uno que otro al morral, un pan le arroja :
el hombre ciego, con su orgullo necio,
al desgraciado insulta y acongoja.

¡ Oh humanidad ! Con que miseria pagas
al Ser que derramó sangre divina !
Aquel que al hombre le besó las llagas
formando de humildad, santa doctrina !

Ese mendigo, víctima inmolada
en el fúnebre altar de tu abandono,
es alma para el cielo destinada
y escojida de Dios para su trono.

¡Oh criatura infeliz! ¡Cuanto te admira
quien del mundo desprecia gloria vana,
quien á tu hermoso porvenir aspira
y odia la triste condición humana!

¡Sigue, sigue tu senda, ni un instante
fijes la vista en mundanal grandeza,
Dios sólo quiere un corazón gigante
y alma quiere abrumada de tristeza!

¡Todo pasa, se acaba, se derrumba,
lujo, riqueza, triunfos y renombre;
belleza, juventud.... ay!.... una tumba.
una horrorosa tumba, eso es el hombre!

Valencia.





A UNA CUBANA.



Pobre amiga ! Proscrita y desvalida
en extranjero suelo abandonada,
lloras, y es muy justo que ese llanto
corra por tu mejilla demacrada.
Muy justo, sí ! Nada más triste, nada,
que ausentarse del cielo de la patria
y correr de otro cielo á la ventura ;
por patrimonio el llanto y la amargura
y con el corazón hecho pedazos,
sin que el consuelo con amantes brazos
luchar se apreste con tu suerte ruda.

Pobre amiga ! Las lágrimas que vierten
esos ojos que al cielo miran luego,
son, ay ! lluvia de fuego,
que penetra en mi ser gota por gota.
Demasiado comprendo los pesares
que azotan tu existencia aridecida,
como débil barquilla, que en los mares,
se encuentra por los vientos combatida.
Demasiado lo sé ! Tu llanto solo
es para mí un poema de ternеza,
de luto y de tristeza,
que interpreto mejor que la palabra ;
porque me habla el idioma
donde el dolor se muestra en su grandeza.

Sobradas, son, Mercedes, las razones,
de estar tus ojos cárdenos, hundidos ;
el recuerdo de Cuba, los baldones
á que hoy están sus hijos sometidos.

Esos héroes que luchan denonadados
por alcanzar de Cuba la victoria,
la justiciera historia,
inscribirá en sus páginas brillantes,
con caracteres de oro,
y con letras gigantes,
que las generaciones venideras
con legítimo orgullo,
guardarán entre cofres de diamantes,
como el avaro guarda su tesoro . . .

Depón el duelo amiga, tus hermanos,
soldados del deber y del derecho,
en un abrazo delirante, estrecho,
ya se proclamarán libres cubanos.
Y tú, en este suelo hospitalario,
de la gentil, querida Venezuela ;
tienes mi corazón do está un santuario
que el ajeno infortunio ama y consuela.
Y tienes hoy, en fin, un seno amigo,
un alma que á la tuya, llama hermana,
el fuego de mi hogar, mi pan, mi abrigo,
y sincero cariño á una cubana.

Valencia, 1897.



ERRORES

Pág.	Línea	Dice	Léase
15	13	costombre	costumbre.
26	11	confomarse,	conformarse.
48	9	el hombro,	un hombro.
74	26	ado,	pensado.
135	12	Habia,	Habría.
147	25	apereció,	apareció.
163	14	Espeña,	España.
154	8	Calegio,	Colegio.
171	7	rasonaban,	resonaban.
36	14	vengas,	venga.
69	26	había,	bahía.
72	25	prever,	preever.

POESIAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
19	17	postisa,	poetisa.
31	12	recuerdo,	recuerda.
12	5	el,	al.
31	15	amisiad,	amistad.